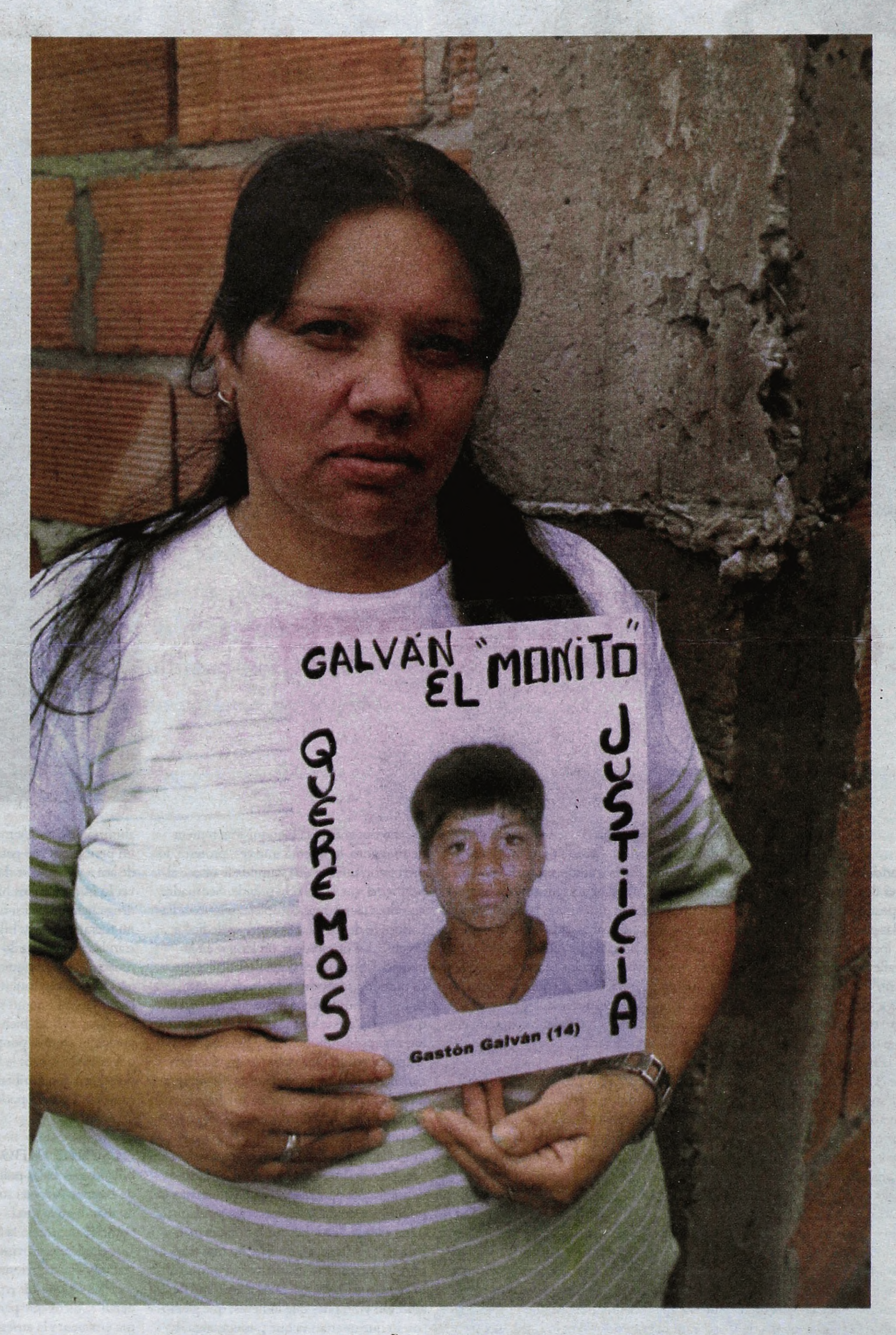
MIRADA DE MUJERES
EN PAGINA/12
22 DE MARZO 2002
AÑO 4 N° 206

LAS/12



HABLAN LAS MADRES DE LOS NIÑOS FUSILADOS EN EL GRAN BUENOS AIRES

sin salida



ZUNILDA GALVÁN SE INDIGNA FRENTE A LA SOBERBIA DE HUGO CÁCERES, SEÑALADO COMO JEFE DEL ESCUADRON DE LA MUERTE.



SOCIEDAD

nacer marcados

POR MARTA DILLON

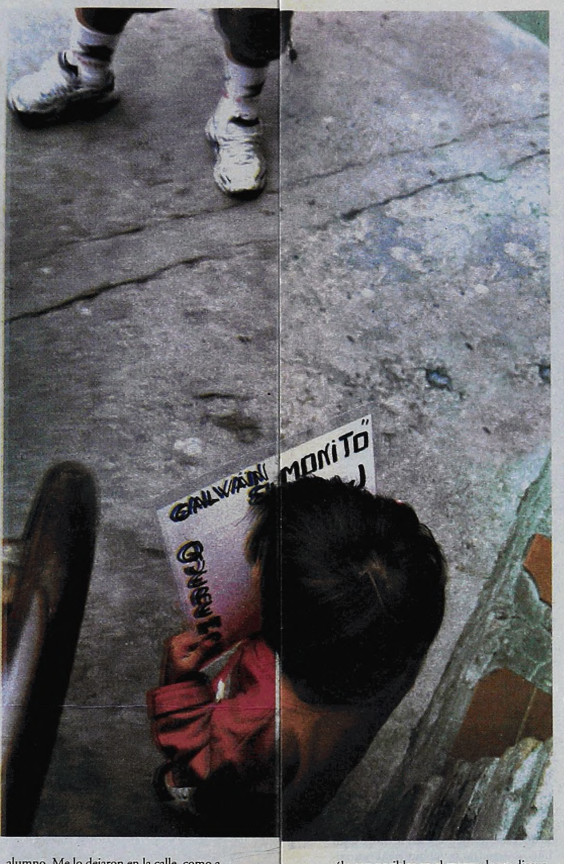
El portón de chapa se abre antes de que nadie intente golpearlo. Tal vez el ruido de las gomas de un auto sobre los charcos que inundan la calle de barro, en una de las entradas del barrio Bancalari, haya sido suficiente para saber que había visitas. Zunilda espera adentro, espera también que quien entre sepa que tiene que hacerlo. Ella sólo se para allí, en la boca de un patio de cemento que divide el kiosco familiar de la vivienda y apenas después de saludar corre la mesa bajo el cielo abierto. Así es mejor, necesita esa poca luz que permite la oscuridad intermitente de la tormenta. A Zunilda le duele el alma. Acaba de ver por televisión cómo un vecino de Don Torcuato reivindicaba la actuación de Hugo Alberto Cáceres, acusado de ser la cabeza del escuadrón de la muerte que actúa en Zona Norte, donde vive Zunilda, allí donde se bajan a balazos a niños que roban con la misma naturalidad con que un agricultor dispara a las cotorras que comen sus semillas. "Hugo se ocupa de esos negros que vienen a robarnos, ¿los balean? Muy bien, son los mismos negros que nos balean a nosotros", dijo el hombre ante las cámaras de un programa de la tarde. "Qué casualidad, ¿no? –ironiza la mujer para conjurar la angustia–, todos los chicos que mataron eran negritos, ni uno rubio. Me duele que digan eso, porque a mi hijo, cada vez que la policía lo detenía le decía negro. ¡Claro! Ellos son blancos ¿no?". Ellos son "la yuta", ellos son "los verdugos de la crítica", la comisaría 3° de Don Torcuato, donde el Monito, Gastón Galván, el hijo de Zunilda, fue torturado sistemáticamente desde los 12 a los 14 años. Entonces apareció muerto junto a su amigo Miguel "Piti" Burgos. Once disparos cada uno, las manos atadas y una bolsa de nylon en la cabeza que envolvieron sobre los cadáveres, según le dijeron a Zunilda, "para que no manchen el tapizado del auto" del que los tiraron en la jurisdicción de San Martín, en el conurbano bonaerense.

La primera vez que se llevaron a Gastón, el Monito, Zunilda corrió a la comisaría con la rabia enredada entre las piernas. En la mano, la partida de nacimiento del niño y los documentos, esos papeles indispensables para quien está obligada a demostrar cada vez su vínculo con el hijo. "El comisario me metió en el escritorio y me empezó a verduguear, que yo no los cuidaba, que Gastón tenía que ir a un colegio pupilo, me mostró la bolsita y la camisa manchada de pegamento. ¿Se cree que yo no trataba de ayudarlo? ¿Alguien me ayudaba a mí para sacarlo? No, lo cagaban a palos. Cuando me lo dieron esa vez estaba todo sangrado, rengueaba, casi en andas lo tuve que llevar." Faltaban unos meses para que cumpliera los 12 y ya conocía la tortura. "Si yo hubiera sabido lo que se podía hacer, si alguien me hubiera dicho, ¿por qué nadie nos escucha?, ¿por qué el juez no te sienta y te dice cómo es? Te hablan de los papeles, de cómo están los papeles y una no entiende nada. Tienen que estar muertos los pibes para que hagan algo." La beba de un año busca bajo la blanquísima remera de su madre, lo intenta una vez, protesta, lo intenta otra; hasta que Zunilda le ofrece el pecho del que la beba se prende. Ser madre ha sido su tarea más compleja, seis veces ha parido desde los 17 y siempre se dedicó a los chicos. Por eso tiene un kiosco en la parte delantera de esa casa de ladrillos que su marido fue levantando desde los 90, cuando se mudaron a Bancalari, ese barrio que se extiende a los pies de una de las zonas más opulentas del Gran Buenos Aires. "Alguien tendría que saber lo que luchamos contra esa latita de mierda, si el Negro quería salir pero no podía. Se levantaba a la mañana y ya quería drogarse. ¿Sabés cuántos centros recorrí? Lo que pasa es que al que es pobre no lo sacan, si no tenés alta alcurnia te dejan que te mueras. Los mismos del centro de apoyo del barrio llamaban a la policía, ¿no se daban cuenta que por la mínima excusa que le dieran los mataban a palos? A ese lugar no me arrimo más, son unos sinvergüenzas avarientos. ¿Por qué no lo ayudaron? Ellos querían que se cure de la adicción y después que lo lleves, qué graciosos, lo que querían es que pusieras algo de plata". Zunilda relata los últimos años de su hijo como si hubiera transitado por la manga que conduce al matadero. Y a ella misma tratando de rescatarlo, envuelta siempre en una soledad glaciar en la que morían sus pedidos de ayuda. "Hizo la escuela hasta quinto grado, pero una vez se intoxicó con unas pastillas de mierda que le vendió una que andaba con la policía y no lo quisieron más. No hay vacantes, me decían, para él, que era el mejor compañero y el mejor alumno. Me lo dejaron en la calle, como a un perro, todos lo pateaban. Hasta la gente de acá a veces no se da cuenta, no quieren ver lo que hacen los hijos, hablan de los drogadictos como si fueran otros, como si no fueran nuestros hijos. Y después se agarran la cabeza cuando se los encuentran muertos. Acá nos quieren hacer creer que los chicos están muertos ni bien agarran la lata, pero mi hijo no se quería morir. Tenía los ojos y la boca bien abiertos, de la desesperación, seguro, porque él estaba tan loco que quería vivir. Si le hubieran dado tiempo seguro que cambiaba, porque él quería cambiar. Pero no podía."

Sesenta niños y adolescentes acribillados por balas policiales en la provincia de Buenos Aires en sólo un año. Niños que estaban bajo la tutela del Estado provincial, según lo denunció la Suprema Corte de Justicia de esa provincia hace casi seis meses, niños institucionalizados por carencias sociales o por estar en conflicto con la ley penal. Chicos que parecen sobrar si se toma en cuenta la ausencia de interés con que el cuerpo judicial, en general, archiva las causas que se abrieron por sus muertes. Es un número impresionante pero acotado, como la punta de un mantón que quedó atrapado tras una puerta cerrada. "Hay muchos más casos de chicos amenazados por determinado personal policial que luego resultan fusilados –dice María del Carmen Verdú, abogada de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi)–. Este tipo de acciones directas



ZUNILDA GALVÁN SE INDIGNA FRENTE A LA SOBERBIA DE HUGO CÁCERES, SEÑALADO COMO JEFE DEL ESCUADRON DE LA MUERTE.





ALICIA VELÁZQUEZ ENSEÑA EN QUE POSICIÓN ESTABA SU HIJO LEANDRO CUANDO LO EJECUTARON.

SOCIEDAD

nacer marcados

Zunilda, Nancy, Alicia y Sabina conocen la impunidad policial. Las amenazas de muerte que recibieron sus hijos, ninguno mayor de 16 años, se cumplieron. Hay informes oficiales que adjudican los homicidios a un escuadrón de la muerte que opera en la zona de Bancalari, al norte del Gran Buenos Aires. Hasta ahora hay un solo responsable preso.

POR MARTA DILLON

El portón de chapa se abre antes de que nadie intente golpearlo. Tal vez el ruido de las gomas de un auto sobre los charcos que inundan la calle de barro, en una de las entradas del barrio Bancalari, haya sido suficiente para saber que había visitas. Zunilda espera adentro, espera también que quien entre sepa que tiene que hacerlo. Ella sólo se para allí, en la boca de un patio de cemento que divide el kiosco familiar de la vivienda y apenas después de saludar corre la mesa bajo el cielo abierto. Así es mejor, necesita esa poca luz que permite la oscuridad intermitente de la tormenta. A Zunilda le duele el alma. Acaba de ver por televisión cómo un vecino de Don Torcuato reivindicaba la actuación de Hugo Alberto Cáceres, acusado de ser la cabeza del escuadrón de la muerte que actúa en Zona Norte, donde vive Zunilda, allí donde se bajan a balazos a niños que roban con la misma naturalidad con que un agricultor dispara a las cotorras que comen sus semillas. "Hugo se ocupa de esos negros que vienen a robarnos, ¿los balean? Muy bien, son los mismos negros que nos balean a nosotros", dijo el hombre ante las cámaras de un programa de la tarde. "Qué casualidad, ¿no? –ironiza la mujer para conjurar la angustia–, todos los chicos que mataron eran negritos, ni uno rubio. Me duele que digan eso, porque a mi hijo, cada vez que la policía lo detenía le decía negro. ¡Claro! Ellos son blancos ¿no?". Ellos son "la yuta", ellos son "los verdugos de la crítica", la comisaría 3° de Don Torcuato, donde el Monito, Gastón Galván, el hijo de Zunilda, fue torturado sistemáticamente desde los 12 a los 14 años. Entonces apareció muerto junto a su amigo Miguel "Piti" Burgos. Once disparos cada uno, las manos atadas y una bolsa de nylon en la cabeza que envolvieron sobre los cadáveres, según le dijeron a Zunilda, "para que no manchen el tapizado del auto" del que los tiraron en la jurisdicción de San Martín, en el conurbano bonaerense.

La primera vez que se llevaron a Gastón, el Monito, Zunilda corrió a la comisaría con la rabia enredada entre las piernas. En la mano, la partida de nacimiento del niño y los documentos, esos papeles indispensables para quien está obligada a demostrar cada vez su vínculo con el hijo. "El comisario me metió en el escritorio y me empezó a verduguear, que yo no los cuidaba, que Gastón tenía que ir a un colegio pupilo, me mostró la bolsita y la camisa manchada de pegamento. ¿Se cree que yo no trataba de ayudarlo? ¿Alguien me ayudaba a mí para sacarlo? No, lo cagaban a palos. Cuando me lo dieron esa vez estaba todo sangrado, rengueaba, casi en andas lo tuve que llevar." Faltaban unos meses para que cumpliera los 12 y ya conocía la tortura. "Si yo hubiera sabido lo que se podía hacer, si alguien me hubiera dicho, ¿por qué nadie nos escucha?, ¿por qué el juez no te sienta y te dice cómo es? Te hablan de los papeles, de cómo están los papeles y una no entiende nada. Tienen que estar muertos los pibes para que hagan algo." La beba de un año busca bajo la blanquísima remera de su madre, lo intenta una vez, protesta, lo intenta otra; hasta que Zunilda le ofrece el pecho del que la beba se prende. Ser madre ha sido su tarea más compleja, seis veces ha parido desde los 17 y siempre se dedicó a los chicos. Por eso tiene un kiosco en la parte delantera de esa casa de ladrillos que su marido fue levantando desde los 90, cuando se mudaron a Bancalari, ese barrio que se extiende a los pies de una de las zonas más opulentas del Gran Buenos Aires. "Alguien tendría que saber lo que luchamos contra esa latita de mierda, si el Negro quería salir pero no podía. Se levantaba a la mañana y ya quería drogarse. ¿Sabés cuántos centros recorrí? Lo que pasa es que al que es pobre no lo sacan, si no tenés alta alcurnia te dejan que te mueras. Los mismos del centro de apoyo del barrio llamaban a la policía, ¿no se daban cuenta que por la mínima excusa que le dieran los mataban a palos? A ese lugar no me arrimo más, son unos sinvergüenzas avarientos. ¿Por qué no lo ayudaron? Ellos querían que se cure de la adicción y después que lo lleves, qué graciosos, lo que querían es que pusieras algo de plata". Zunilda relata los últimos años de su hijo como si hubiera transitado por la manga que conduce al matadero. Y a ella misma tratando de rescatarlo, envuelta siempre en una soledad glaciar en la que morían sus pedidos de ayuda. "Hizo la escuela hasta quinto grado, pero una vez se intoxicó con unas pastillas de mierda que le vendió una que andaba con la policía y no lo quisieron más. No hay vacantes, me decían, para él, que era el mejor compañero y el mejor alumno. Me lo dejaron en la calle, como a un perro, todos lo pateaban. Hasta la gente de acá a veces no se da cuenta, no quieren ver lo que hacen los hijos, hablan de los drogadictos como si fueran otros, como si no fueran nuestros hijos. Y después se agarran la cabeza cuando se los encuentran muertos. Acá nos quieren hacer creer que los chicos están muertos ni bien agarran la lata, pero mi hijo no se quería morir. Tenía los ojos y la boca bien abiertos, de la desesperación, seguro, porque él estaba tan loco que quería vivir. Si le hubieran dado tiempo seguro que cambiaba, porque él quería cambiar. Pero no podía."

Sesenta niños y adolescentes acribillados por balas policiales en la provincia de Buenos Aires en sólo un año. Niños que estaban bajo la tutela del Estado provincial, según lo denunció la Suprema Corte de Justicia de esa provincia hace casi seis meses, niños institucionalizados por carencias sociales o por estar en conflicto con la ley penal. Chicos que parecen sobrar si se toma en cuenta la ausencia de interés con que el cuerpo judicial, en general, archiva las causas que se abrieron por sus muertes. Es un número impresionante pero acotado, como la punta de un mantón que quedó atrapado tras una puerta cerrada. "Hay muchos más casos de chicos amenazados por determinado personal policial que luego resultan fusilados –dice María del Carmen Verdú, abogada de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi)–. Este tipo de acciones directas sólo son posibles en el marco de un discurso oficial que habla de seguridad ciudadana, que implica eliminar a los delincuentes y en particular a los menores." Ese discurso que Zunilda escuchó masticando el vidrio de la bronca, de boca de algunos comerciantes de Don Torcuato, en la pantalla de su televisor, cuando llegaron a las puertas de canal 2 para "defender" a Cáceres, ese policía pasado a disponibilidad, pero que según el último informe de la procuraduría de la provincia sería el vértice en el que se articula personal de distintas comisarías de la zona norte del Gran Buenos Aires, los que limpian su sector de pequeños delincuentes, eliminándolos.

"Yo fui salvaje, yo sé cuál es la ley de la calle. Pero una es mujer, es más fácil renegar de los amigos y no dejarse llevar. Los pibes se dejan porque sino se sienten menos, para las mujeres es más fácil rescatarse. Los pibes se ve están jugados". Tiene 29 años, pero no es fácil darse cuenta. Sus encías rosadas parecen el día después sobre un campo de batalla. Le da la teta a su tercer hijo y se acuerda junto con Zunilda de tantas veces que fueron a buscar a los chicos a la comisaría, trayéndolosa la rastra como sacos de huesos. "Yo no soy la mamá del Piti, estoy casada con el padre no más", pero igual Nancy Frías se hace cargo de ir a las reuniones en las que se empezaron a juntar las familias de los quince jóvenes ejecutados en las villas de Bancalari, Bayres, San Pablo y San Francisco. Reuniones que se demoraron porque al principio cada una de estas mujeres se sentía sola con su estigma. El Piti tenía 16, aunque parecía de 12 y junto con Gastón "empezaron juntos y terminaron juntos". Algo que puede leerse en alguna de las paredes de material del barrio donde todavía quedan las pintadas de sus nombres. "A él le gustaba mirar los dibujitos, era un pibito bueno, pero lo tenían muy marcado, estaba muy martirizado". Los chicos se asomaban todos los días al ojo oceánico de su miedo, sabían que la muerte les mordía los talones, se los había anunciado la policía de la 3ª y ya sabían de otros dos chicos muertos después de anuncios similares: Guillermo Ríos y Fabián Blanco. "Cómo sería –dice Zunilda–, que Gastón se pasaba a mi cama del miedo." Pero ninguna de las mujeres que corría detrás de sus hijos cada vez que se perdían en los pasillos de la villa encontró recurso alguno para torcer al destino. Recién hace un año que empezaron a juntarse, y pocos meses desde que responden en conjunto cuando saben que las balas policiales perforaron la vida de otro adolescente. Eso que sigue sucediendo cíclicamente. "Yo al principio me enojaba con las otras madres porque me parecía que les permitían que se droguen. '¿Y qué quiere, doña, que se lo eche a la calle?', me decían. Y tenían razón, después me di cuenta de que ellas también hacían lo que podían y que estaban tan solas como yo." Solas y desorientadas, con la única opción de poner el cuerpo entre sus hijos y la policía, cuando pudieron. O denunciando a los gritos las torturas en los oídos sordos de otros policías.

"Al principio salíamos a buscarlos con la madre del Piti, pero nos dimos cuenta de que los poníamos en peligro. Claro, ellos nos tenían respeto, nos veían aparecer y disparaban, pero una vez los vimos todos mareados correr por la vía, casi los mata el tren, pobrecitos." A la madre se le tiene respeto. A la madre no se la toca. Es una regla que conocen quienes están habituados a caminar por la cornisa o más abajo, en el abismo de los barrios marginales, en el pozo ciego de las cárceles. Es una de las reglas que quedan cuando hasta los ladrones reconocen haber perdido la mayoría de los códigos. Zunilda lo sabe, como lo sabía la madre de Piti antes de que la acribillaran en la puerta de un negocio en el que se supone que iba a robar. "La mataron como a un perro –dice la mamá del Monito–, estaba con un pibito al que se la tenían jurada, el hijo de Fabiola, otra amiga. Le habían dicho que no iba a cumplir 18. Y fue así, la joda la hicieron el sábado a la noche y el lunes los mataron a los tres. Lo que me da bronca es que nadie, nadie salió a decir que limpiaban la iglesia por un sachet de leche, que ayudaban en el Centro de Apoyo porque tenían problemas de drogas y se querían cuidar. Como perros quedaron, una semana tirados en la morgue". Las mujeres "se rescatan" más fácil, dice Nancy, porque siempre tienen a alguien más para cuidar. Pero el laberinto en ese afuera de todo en donde parece estar ubicado Bancalari el estigma de haberse "perdido" se paga con la vida.

Sabina no se anda con vueltas: "Sacá tu plata sucia, metétela en el culo", era lo que le decía a su hijo Víctor "Frente" Vital cuando intentaba invertir en su casa del barrio San Francisco el botín de sus robos. "Yo no quería que fuera delincuente, pero eso empieza por la droga y pasa el tiempo y empeora. Porque es fácil drogarse si tu papá puede ir al cajero y sacar la plata. Mi hijo no tenía cajero y terminaba robando, pero robaba para darle al barrio, acá ha llenado la villa de leche para los chicos". Detrás de sus inmensos anteojos de carey propios de Sofía Loren en su apogeo, se deslizan las lágrimas de los días malos. No es que sea de llorar, son sólo algunos días en los que la impotencia y la impunidad le parecen murallas que lleva una vida escalar. Y ni aun así. Pero Sabina sabe colarse por las grietas. Desde que su hijo fue ejecutado bajo una mesa, desarmado y pidiendo por favor, por favor que no lo maten, aprendió a caminar juzgados y fiscalías, a decir sin que le tiemble la voz que su hijo era chorro, sí, pero ésa no es razón para ejecutarlo. Ahora su nombre se escucha en los barrios de la Zona Norte porque es la que reúne a esas madres, cada vez más madres, que saben quién asesinó a sus hijos, que repiten los mismos nombres para designar a los ejecutores, que esquivan las amenazas policiales porque al fin se terminó la inercia y el miedo empieza a ralear. Como todas, ella hizo lo que pudo para sacar a su hijo de la lista de los condenados, le importaba poco que en el barrio lo adoraran por su generosidad al estilo Robin Hood, o su versión nacional, el Gauchito Gil. "Me re-





ALICIA VELÁZQUEZ ENSEÑA EN QUE POSICIÓN ESTABA SU HIJO LEANDRO CUANDO LO EJECUTARON.

FOTOS: SANDRA CARTASSO

Zunilda, Nancy, Alicia y Sabina conocen la impunidad policial. Las amenazas de muerte que recibieron sus hijos, ninguno mayor de 16 años, se cumplieron. Hay informes oficiales que adjudican los homicidios a un escuadrón de la muerte que opera en la zona de Bancalari, al norte del Gran Buenos Aires. Hasta ahora hay un solo responsable preso.

sólo son posibles en el marco de un discurso oficial que habla de seguridad ciudadana, que implica eliminar a los delincuentes y en particular a los menores." Ese discurso que Zunilda escuchó masticando el vidrio de la bronca, de boca de algunos comerciantes de Don Torcuato, en la pantalla de su televisor, cuando llegaron a las puertas de canal 2 para "defender" a Cáceres, ese policía pasado a disponibilidad, pero que según el último informe de la procuraduría de la provincia sería el vértice en el que se articula personal de distintas comisarías de la zona norte del Gran Buenos Aires, los que limpian su sector de pequeños delincuentes, eliminándolos.

"Yo fui salvaje, yo sé cuál es la ley de la calle. Pero una es mujer, es más fácil renegar de los amigos y no dejarse llevar. Los pibes se dejan porque sino se sienten menos, para las mujeres es más fácil rescatarse. Los pibes se ve están jugados". Tiene 29 años, pero no es fácil darse cuenta. Sus encías rosadas parecen el día después sobre un campo de batalla. Le da la teta a su tercer hijo y se acuerda junto con Zunilda de tantas veces que fueron a buscar a los chicos a la comisaría, trayéndolosa la rastra como sacos de huesos. "Yo no soy la mamá del Piti, estoy casada con el padre no más", pero igual Nancy Frías se hace cargo de ir a las reuniones en las que se empezaron a juntar las familias de los quince jóvenes ejecutados en las villas de Bancalari, Bayres, San Pablo y San Francisco. Reuniones que se demoraron porque al principio cada una de estas mujeres se sentía sola con su estigma. El Piti tenía 16, aunque parecía de 12 y junto con Gastón "empezaron juntos y terminaron juntos". Algo que puede leerse en alguna de las paredes de material del barrio donde todavía quedan las pintadas de sus nombres. "A él le gustaba mirar los dibujitos, era un pibito bueno, pero lo tenían muy marcado, estaba muy martirizado". Los chicos se asomaban todos los días al ojo oceánico de su miedo, sabían que la muerte les mordía los talones, se los había anunciado la policía de la 3ª y ya sabían de otros dos chicos muertos después de anuncios similares: Guillermo Ríos y Fabián Blanco. "Cómo sería –dice Zunilda–, que Gastón se pasaba a mi cama del miedo." Pero ninguna de las mujeres que corría detrás de sus hijos cada vez que se perdían en los pasillos de la villa encontró recurso alguno para torcer el destino. Recién hace un año que empezaron a juntarse, y pocos meses desde que responden en conjunto cuando saben que las balas policiales perforaron la vida de otro adolescente. Eso que sigue sucediendo cíclicamente. "Yo al principio me enojaba con las otras madres porque me parecía que les permitían que se droguen. '¿Y qué quiere, doña, que se lo eche a la calle?', me decían. Y tenían razón, después me di cuenta de que ellas también hacían lo que podían y que estaban tan solas como yo." Solas y desorientadas, con la única opción de poner el cuerpo entre sus hijos y la policía, cuando pudieron. O denunciando a los gritos las torturas en los oídos sordos de otros policías.

"Al principio salíamos a buscarlos con la madre del Piti, pero nos dimos cuenta de que los poníamos en peligro. Claro, ellos nos tenían respeto, nos veían aparecer y disparaban, pero una vez los vimos todos mareados correr por la vía, casi los mata el tren, pobrecitos." A la madre se le tiene respeto. A la madre no se la toca. Es una regla que conocen quienes están habituados a caminar por la cornisa o más abajo, en el abismo de los barrios marginales, en el pozo ciego de las cárceles. Es una de las reglas que quedan cuando hasta los ladrones reconocen haber perdido la mayoría de los códigos. Zunilda lo sabe, como lo sabía la madre de Piti antes de que la acribillaran en la puerta de un negocio en el que se supone que iba a robar. "La mataron como a un perro –dice la mamá del Monito–, estaba con un pibito al que se la tenían jurada, el hijo de Fabiola, otra amiga. Le habían dicho que no iba a cumplir 18. Y fue así, la joda la hicieron el sábado a la noche y el lunes los mataron a los tres. Lo que me da bronca es que nadie, nadie salió a decir que limpiaban la iglesia por un sachet de leche, que ayudaban en el Centro de Apoyo porque tenían problemas de drogas y se querían cuidar. Como perros quedaron, una semana tirados en la morgue". Las mujeres "se rescatan" más fácil, dice Nancy, porque siempre tienen a alguien más para cuidar. Pero el laberinto en ese afuera de todo en donde parece estar ubicado Bancalari el estigma de haberse "perdido" se paga con la vida.

Sabina no se anda con vueltas: "Sacá tu plata sucia, metétela en el culo", era lo que le decía a su hijo Víctor "Frente" Vital cuando intentaba invertir en su casa del barrio San Francisco el botín de sus robos. "Yo no quería que fuera delincuente, pero eso empieza por la droga y pasa el tiempo y empeora. Porque es fácil drogarse si tu papá puede ir al cajero y sacar la plata. Mi hijo no tenía cajero y terminaba robando, pero robaba para darle al barrio, acá ha llenado la villa de leche para los chicos". Detrás de sus inmensos anteojos de carey propios de Sofía Loren en su apogeo, se deslizan las lágrimas de los días malos. No es que sea de llorar, son sólo algunos días en los que la impotencia y la impunidad le parecen murallas que lleva una vida escalar. Y ni aun así. Pero Sabina sabe colarse por las grietas. Desde que su hijo fue ejecutado bajo una mesa, desarmado y pidiendo por favor, por favor que no lo maten, aprendió a caminar juzgados y fiscalías, a decir sin que le tiemble la voz que su hijo era chorro, sí, pero ésa no es razón para ejecutarlo. Ahora su nombre se escucha en los barrios de la Zona Norte porque es la que reúne a esas madres, cada vez más madres, que saben quién asesinó a sus hijos, que repiten los mismos nombres para designar a los ejecutores, que esquivan las amenazas policiales porque al fin se terminó la inercia y el miedo empieza a ralear. Como todas, ella hizo lo que pudo para sacar a su hijo de la lista de los condenados, le importaba poco que en el barrio lo adoraran por su generosidad al estilo Robin Hood, o su versión nacional, el Gauchito Gil. "Me re-

DANIEL JAYO



LA FAMILIA Y EL BARRIO BANCALARI EN EL ENTIERRO DEL MONITO GALVAN, EN ABRIL DEL AÑO PASADO.

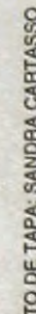
corrí todos los psicólogos y los centros de rehabilitación, pero no encontré solución ni ayuda para mi hijo. Por eso dejé de ser cocinera y me hice vigiladora, a lo mejor así lo paraba. O aprendía a controlarlo”. Y no, ese recurso, el último, tampoco sirvió. Por el asesinato de su hijo hubo un policía preso, pero en un juicio abreviado recuperó la libertad. “Yo veía por televisión otras madres que se quejaban de la policía. Los hijos eran muy distintos al mío, alguno era jugador de fútbol, otro profesor de música. Las veía en las marchas y pensaba qué dolor tendrían esas mujeres. Para ellas, igual, es más fácil que las escuchen, es más fácil hacer marchas con los vecinos. A nosotras nos costó, a muchas les cuesta darse cuenta, les da vergüenza decir que tienen un hijo que es chorro, pero ésa no es razón para matarlos en el piso, con las manos levantadas. Es todo lo mismo, podés ser chorro o profesor, igual la policía te puede matar. Estos tipos están cebados”. Sobre ella, dice, el Estado descargó su porquería. “Un hijo muerto por la policía, el otro cambiado durante la guerra de las Malvinas, porque el más grande primero fue un héroe pero para mí ya es otro chico como que el frío que sufrió ahora lo tiene adentro”.

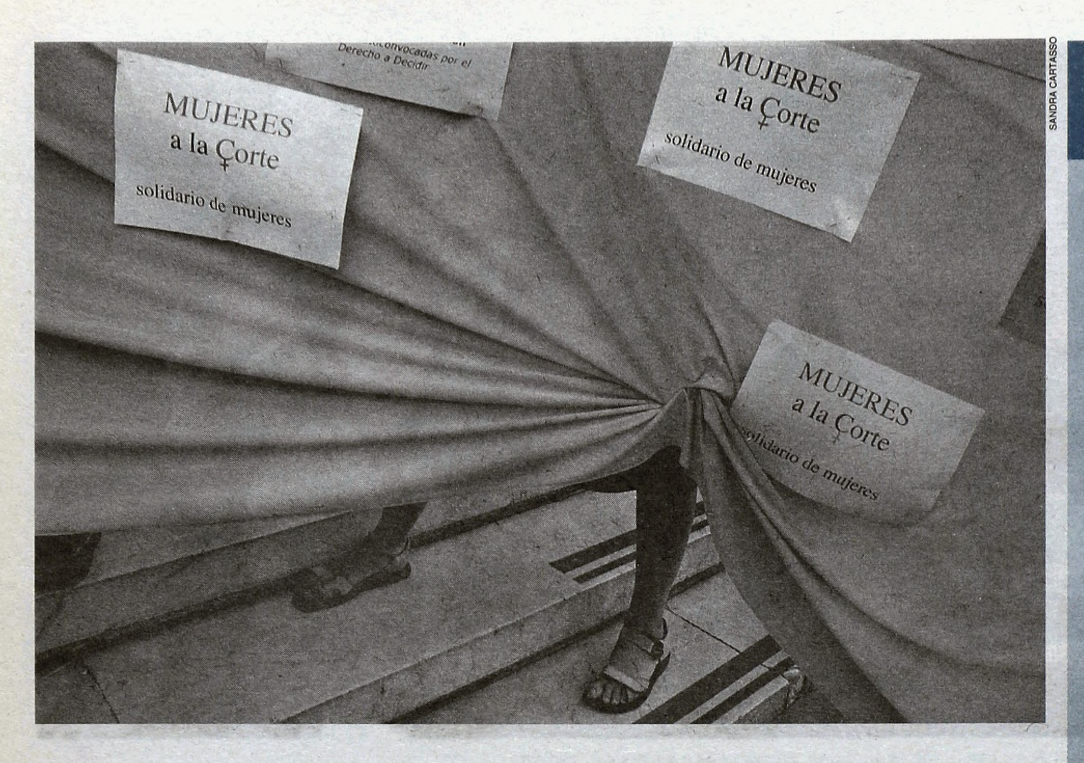
Mariana tiene 22, pero parecen muchos menos. Es la que le saca la beba a Zunilda de los brazos; a esa chiquita, de pelo lacio y tieso, la crían entre las dos, desde el principio. “Hice hasta séptimo grado porque con los problemas de mis hermanos, primero el más grande, que está preso, y después el que mataron, mi mamá no podía. Entonces me quedé sin tiempo para ir a la escuela, pero me gustaría terminar, anotarme en una nocturna, lo que pasa es que nunca hay vacantes”. El pelo atado en un rodete y la nariz llena de pecas, Mariana camina por el barrio como un salvoconducto para las cronistas. Dice que está cansada de ver a la “yuta” patrullar por su casa. Que se cansó de ver cómo maltrataban a su hermano, que hasta quiso poner el cuerpo una vez para que no se lo llevaran, porque no había hecho nada, “porque se lo llevaban de gusto, para *judearlo*, porque son unos hijos de puta”. Esa vez, cuando estaban en una esquina tomando cerveza y cayó la patrulla de la 3ª uno de los policías la zamarreó, “me hizo volar la bicicleta no se a dónde y me insultaba, a mí y a mi hermana de 17. 'Puta de mierda, revolcada', me decían”. No tiene novio, ni hijos, dice, como si fuera una gran victoria haber llegado a esa edad sin haber acunado más que a sus hermanos. “No es que las chicas sean tan distintas de los pibes, o no sé, qué sé yo. En el grupito de mi hermano había algunas que andaban con la bolsita –ese signo inequívoco de que se aspira pegamento para perder la conciencia–, pero las minitas tienen otra relación con los canas. Las obligan. Si una vez mi hermano encontró a dos que se estaban manoseando a unas pibitas redrogadas y se les fue encima, porque él era muy cuida de las mujeres. Lo siguieron y lo cagaron a palos, como siempre. Y una de las pibas vino a avisar, sí, pero después se subió al patrullero”. No hace juicios, cada una se cuida como puede. “Los varones se preocupan para que no te metas, al menos mi hermano era así, si íbamos al baile nos controlaba que no tomáramos. Yo sé que para él la peor tortura, peor que le peguen, era el miedo que tenía que nos hicieran algo a nosotras, a las hermanas o la madre. A él le hicieron la cabeza, que es lo peor, vivía con pánico, ya ni podía salir a la puerta, cuando lo mataron él ya no daba más.” Mariana, como su mamá, habla de su hermano con orgullo. “Yo me sentía protegida con mi hijo, porque él tenía el sistema de mi papá, nos cuidaba, más que mi marido. Mi marido trae la plata a casa y hacemos lo que queremos. Pero Gastón era de mandar, siempre estaba diciéndoles a las hermanas cómo me tenían que ayudar. Eso sí, después se mandaba a mudar.” En la familia los roles estaban claros, las mujeres tenían su lugar adentro. Aunque más de una vez se encontraron en la calle tirándole piedras a un patrullero, de pura impotencia, después de ver cómo al Monito se le llevaban haciendo convulsiones después de una paliza.

> **“Me recorrí todos los psicólogos y los centros de rehabilitación, pero no encontré solución ni ayuda para mi hijo. Por eso dejé de ser cocinera y me hice vigiladora, a lo mejor así lo paraba. O aprendía a controlarlo”**

Hace tres años que no para. Toda una sorpresa para ella que todavía se mira la panza como si en ella faltara algo, “es que desde que tengo quince no hago otra cosa que criar chicos, con el esfuerzo que cuesta”. Como a todas las mujeres que ya tienen familia, a Alicia Velázquez, de 32, los más jóvenes la llaman doña. Así le dice Mariana cuando pasa la cortina que hace de puerta pidiendo permiso para entrar. Sobre la única sala de la casilla en la que cuesta imaginar un invierno, se improvisó un ténder en el que se alinean más de una decena de bombachitas y pequeños calzoncillos, remeras de todos los tamaños y algún pañal de tela. La lluvia tiene cercados a los ocho hijos que le quedan a Alicia. El mayor está en un hogar, “en estado vegetativo, porque cuando era bebé no tenía cocina y el humo del carbón se le fue a la cabeza y quedó mal”. El que le sigue está muerto. Lo ejecutaron frente a testigos el 30 de enero pasado. Alicia explica con detalles mínimos cómo un vecino escuchó cuando Leandro García, su hijo, pedía que lo dejaran, que tenía que volver con su mamá, que tenía muchos hermanitos que cuidar. “Yo le había dicho que volviera temprano, que le iba a hacer una tortilla que a él le encantaba. Era un muchacho hermoso, grande, estaba en noveno grado y el año pasado faltó nada más que dos veces a la escuela. Me lo mataron como a un bicho, con lo que me costó criarlo, yo sola lo tuve que criar porque el padre nunca me dio un peso ni nada.” Cuando en el barrio le dijeron que habían matado al Mono, como también le decían a Leandro, le dijeron también que “se habían equivocado”, como si todo el mundo supiera que hay balas que tienen nombre antes de salir del cargador. “Los que lo mataron son los mismos del Duende Salto –un joven acribillado en agosto de 2001– y ahora me dijeron que hay una marcha del silencio. Yo voy a ir con un cartel que diga a 'Leandro García lo mataron Gallardo y Esquivel', el de esta señora va a tener que decir lo mismo. Ella es como quedada, como triste. Pero yo tuve que apechugar con todos estos hijos, a mí no me van a calmar con nada hasta que no estén todos presos”. La “marcha del silencio” es la que se hace cada 24 de marzo en repudio al último golpe militar, pero Alicia no lo sabe. Es una mujer enérgica que entiende que para criar a los hijos hay que ser dura y no ahorra coscorrones ni tiradas de pelo para evitar que los chicos salgan a la calle. “Acá no podés estar tranquila, menos ahora que la yuta sabe que está marcada porque los vieron cómo fusilaban a mi hijo, y tengo miedo por los que quedan. ¡Bah! miedo no, pero tampoco soy boluda”. El día que fue a buscar el cuerpo de su hijo a la comisaría una mujer policía le dijo que si lo mataron por algo sería, una frase común en esa época que se recuerda el próximo domingo. “Yo la agarré, la puse contra la pared y le pegué dos patadas ahí donde te dije, en la concha. Para que aprenda. Es una atrevida, una mal educada, ¿qué sabe ella de mi hijo? Me la tuvo que sacar el comisario de las manos. Y le dije bien claro, con los míos no te metas, limpiate la boca antes de hablar de ellos”. Atrevida es un insulto común para Alicia, lo usa cada vez que alguien se dirige a sus hijos sin respetar su omnipresente autoridad. “Por suerte ahora somos muchas las mujeres que nos movemos”, dice Alicia antes de despedirse de Mariana hasta el próximo encuentro en casa de Sabina.

La inundación es un fantasma que se conjura de a ratos en el fondo del barrio Bancalari, en el límite con la vía. Las calles de barro serpentean entre las casas y los pozos ciegos de basura. Cada tanto se escucha una salva de disparos. Es una música habitual, un tam tam seco que lleva a las mujeres a meter los chicos adentro, a los coscorrones si es necesario. En este barrio y en el de enfrente –Bayres–, los muertos se cuentan como cuentas de un rosario. Pero hasta ahora esas marchas que suelen seguir a los casos de gatillo fácil en zonas menos marginales –como en Floresta a fin de año o en Tablada cada viernes desde que en los primeros días de marzo una patrulla fusiló a un joven remisero– no han encontrado aquí su escenario. En este borde la vida es fugaz y hasta la indignación parece una hilacha atrapada en un alambre de púas como el que separa la vía de los barrios acomodados. Pero tal vez por acumulación, por ese eco que corre por los pasillos de la villa, porque ya nadie quiere seguir enterrando niños para después convertirlos en santos privados de sus madres y hermanos, el miedo parece estar terminando. Como dice Zunilda, “si al principio tuve miedo ya se me pasó. Mi hijo resistió tres tiros antes de morirse, yo puedo aguantar más. No sé qué va a pasar, pero no van a seguir pasando por encima nuestro”.


FOTO DE TAPA: SANDRA CARTASSO



SANDRA CARTASSO

POLITICA

mujeres a la Corte

POR ELISA CARCA*

La matrícula de mujeres en la Facultad de Derecho de la UBA, y de otras del interior del país, es superior o de un porcentaje muy importante con relación a los varones, pero esto no se ve reflejado posteriormente en el campo laboral, y por supuesto tampoco en el sistema judicial.

La pretensión que tenemos las senadoras de la provincia de Buenos Aires con relación al cupo en la Corte Suprema de Justicia no es ajena al reclamo de la gente común. Que es la de una Justicia que no sea ciega a los intereses y problemáticas de los diferentes.

Las mujeres hemos irrumpido con fuerza en la vida pública a través de la apertura democrática de hace casi 20 años. Con esfuerzo conseguimos una ley de acciones positivas que obligó a los partidos políticos a darnos lugares expectables en las listas electorales.

Aunque aún hay mujeres que creen o quieren creer que cuando llegan a esos lugares lo hacen exclusivamente como consecuencia de su trabajo, de su capacidad política, etcétera. Y es así en algunos casos, pero seguirían siendo un porcentaje menor al piso del 30 por ciento que estipula la ley o llegarían con edades más avanzadas como les ha sucedido a muchas mujeres de reconocida trayectoria y capacidad.

La Justicia no es ajena a esta cultura de discriminación hacia las mujeres. No sólo es notoria la ausencia de ellas en los estamentos más elevados del sistema sino también en fallos vergonzantes o en la inercia y/o indiferencia en brindar amparo o hacer respetar las leyes que nos protegen.

¿Puede esto cambiar con mujeres en la Corte Suprema de la Provincia o de la Nación?

No lo sé. Tal vez sí, tal vez no.

Y esto último es un riesgo que debemos correr. Podemos defraudarnos como nos ha sucedido con miembros del Ejecutivo o de la Legislatura, que tenían y/o tienen un comportamiento de defensa de la corporación política masculina, siendo a veces, tal vez, las más fervientes discriminadoras de género.

Pero no tiene por qué ser así, porque la existencia de juezas defensoras de todos los derechos humanos es posible. Existen asociaciones como las de Mujeres Juezas de la Argentina que con su accionar en temáticas de discriminación han sido reconocidas en todo el mundo, honrándonos a todos los argentinos con una representante como la Dra. Carmen Argibay en los tribunales de La Haya.

A ellas podemos recurrir los gobernantes y legisladores para requerir información sobre quiénes son las mujeres más idóneas de cada provincia y de la Nación que merezcan cargos de importancia en la Justicia.

No dudo que si en la Corte de la Provincia de Buenos Aires tuviéramos mujeres de esta asociación o avaladas por la misma, como también por otros organismos de derechos humanos, los atroces crímenes de Mar del Plata como el tráfico de mujeres y prostitución de menores que se vienen realizando con total impunidad estarían tomados desde un ángulo distinto del que hasta ahora se ha hecho, es decir, el de total indiferencia que tiene que ver por un lado con la misoginia y por otro con la discriminación social.

Ser abogado no es una garantía de respeto a las leyes, como ser mujer tampoco es una garantía de defensa del género. Tal vez por eso el movimiento de mujeres y los defensores de derechos humanos en general tenemos que estar atentos a quienes se postulan para juezas o jueces de la Corte, sea ésta provincial o nacional.

Ante la tamaña crisis económica-política-institucional que nos afecta, es hora de que ejerzamos más democracia participativa que nunca, exigiendo que las voces de los más débiles sean escuchadas y no sólo la de las corporaciones tradicionales que parecerían estancadas en el pasado, sin comprender o aceptar que la libertad del ser humano es la "propiedad privada" más preciada.

Por eso creo que ya es hora de que en la renovación que se está dando tanto en la provincia como la que se dará en la Nación haya una representación de mujeres que defiendan los derechos a nuestra "propiedad privada" que son nuestros cuerpos y nuestra autonomía, haciendo cumplir la Constitución Nacional.

** Senadora provincial*
Alianza - UCR.

RAMOS GENERALES

LA VIDA DE SAFIYATU

Una semana. Ese fue el lapso de gracia que un tribunal otorgó a la nigeriana Safiyatu Hussaini para rearmar su defensa, conseguir más apoyo internacional, y tratar de salvar su vida. Safiyatu es la campesina de 35 años sobre cuya vida pende una de las penas más crueles previstas por la sharia (la ley islámica, supuestamente indicada por el Corán, pero cuestionada por gran parte del mundo musulmán), la lapidación. Su delito es haber quedado embarazada sin estar en pareja. Siguiendo uno de las reglas del mundo árabe, con 12 años su familia la había dado en matrimonio, pero hacía ya tiempo que estaba divorciada y no vivía con hombre alguno. De allí que sus vecinos la denunciaran ante las autoridades apenas comenzó a ser visible el embarazo. En su primera declaración ante el juez, contó que había sido violada; luego no mencionó ninguna violación; más tarde afirmó que el padre de la criatura era su vecino, un hombre con dos esposas y varios hijos. "Usó fetiches y maguas en diversas ocasiones. Cuando estábamos entre los arbustos, un día me tomó por la fuerza. Esto ocurrió tres veces y quedé embarazada." El acusado, en principio, reconoció haber mantenido relaciones con ella, pero luego se retractó. Obviamente, al ser hombre, su sola palabra basta para ser absuelto. Luego de ser liberado, se fugó. En octubre, entonces, un juez sentenció que Safiyatu debía morir lapidada. Pero por entonces ella estaba embarazada de la niña que ahora cuenta con 13 meses, y el cumplimiento de la condena se postergó. El lunes pasado, un tribunal de apelación de Nigeria aplazó por una semana (hasta el lunes próximo) su veredicto. Su vida depende del poder de persuasión de organismos internacionales, ONG y personalidades como el propio presidente de Nigeria, que tiene el poder de emitir una orden de perdón. De ser confirmada la pena, será ejecutada en cuanto ella deje de amamantar a su bebé.



más frágil que el cristal

POR MOIRA SOTO

Es raro, muy raro hacer una entrevista sobre el escenario en donde un par de días antes una asistió entre conmovida y divertida al naufragio familiar que magistralmente describe Tennessee Williams en *El zoo de cristal*. Es casi inquietante estar sentada en el mismo sofá un poco deshilachado sobre el que lloró Laura, la joven renga que colecciona animalitos de cristal, que justamente están ahí, a dos pasos lanzando destellos gracias a las pruebas de luces, acomodados en una mesita ratona. Y lo más extraño de todo es estar departiendo –té de manzanilla mediante, ofrecido por Claudia– con tres de las artífices de esta inspirada puesta: Alicia Zanca, actriz felizmente devenida directora; Claudia Lapacó, una dama de la escena en todos los registros; y la bella Laura Novoa, que en la plenitud de su talento y formación, por suerte para ella y para el público, ha vuelto al redil o, como le gusta decir, "a mi casa, el teatro". El elefante, los perritos, un cisne, una tortuga, el unicornio -que jugará un papel decisivo en la pieza– siguen brillando intermitentemente en el escenario del Teatro Regio (donde *El zoo...* se ofrece los miércoles a $ 2,50, y de jueves a domingos a $ 5) mientras estas tres mujeres hablan apasionadamente del acariciado proyecto que han convertido en estupenda realidad.

"Habitualmente, *El zoo de cristal* se ha hecho de forma naturalista, y de lo primero que te enterás cuando leés el texto de Tennessee Williams completo es que no es una pieza realista", dice la directora a propósito del humor contagioso que aflora en situaciones ligadas a Amanda en su puesta. "Nunca pude entender por qué se acostumbraba a hacerla de esta manera. Incluso el autor da indicaciones específicas por ejemplo sobre la escenografía. Me llamó la atención que él definiera a esta mujer como de una estupidez inconsciente. Ella es capaz de ponerse un vestido del 1900 en los años '40. Mirá, te puedo decir que en mi familia hay muchas Amandas. Yo misma me siento también, a veces, bastante Amanda con respecto a mis hijos. Sin premeditación, claro, pero incurro en este tipo de gestos que puedo criticar en otras personas."

–Acaso todas las madres de todas la épocas han sido, somos un poco Amandas. Williams refleja con mucha agudeza esa zona posesiva, sobreprotectora, cargante, incluso manipuladora que solemos desarrollar incluso a nuestro pesar.

Alicia Zanca: Sí, claro. Y directamente ridículas a veces, como sobreabrigar a los hijos cuando refresca. Yo, por ejemplo, me levanto a la madrugada y los tapo. Y en ese momento, de verdad, no tengo conciencia de la ridiculez que estoy haciendo. Creo que más allá del enfoque de la puesta, de la actuación de Claudia, la gente se ríe porque reconoce estos rasgos de la vida cotidiana. Mirá, por ejemplo, yo a Chejov, como actriz, lo hice cubista, impresionista, expresionista y aburridísimo, pero nunca se exploró el humor. Y él lo primero que dice es: se trata de una comedia. Este tema lo hablé mucho con Agustín Alezzo, que comparte esta opinión. De todos modos, nosotros no trabajamos *El zoo...* específicamente como comedia, surgieron estas vetas naturalmente.

–Efectivamente, lo que se revela a través de la labor de Lapacó –cuya pasta de comediante es indiscutible– es que esa ridiculez un punto naïf de la madre, esa cosa invasora incontrolable, además de su evidente patetismo, también tiene aspectos cómicos.

Claudia Lapacó: Pero por supuesto, ¿qué se puede esperar de una mujer que ya en la primera escena se pone a contarles a los hijos acerca de un domingo en que recibió a diecisiete candidatos en su casa, la forma en que los va describiendo? De verdad, no puedo entender cómo han hecho para ponerle acento dramático... Me parece que ella está atravesada por una especie de ingenuidad que mantiene a través de los años. Por eso elige ese vestido del 1900 para la cena con el presunto candidato para la hija, por eso en la mesa dice cosas como: "¿Dónde estaba Moisés cuando apagaron la luz?". Tiene que estar un poquito piantada para expresarse de esa manera. Desde luego, que la gente se ría no significa que todo el acento esté puesto en los aspectos humorísticos ni que se esté tergiversando el sentido de la pieza. Creo que es una visión, y obviamente la elección de Alicia. Me parece que sería un contrasentido tomársela totalmente en serio, se desaprovecharía el personaje.

–La dramática puede ser una lectura, en todo caso lo interesante es que cada versión logre explorar, desentrañar aspectos de la pieza, que el relato escénico resulte verosímil.

A.Z.: Esa es para mí la palabra clave: verosímil. Creo que si el espectáculo no condujese a la emoción, que por los efectos en el público este *Zoo* lo logra, sería traicionar el hecho de que Tennessee Williams es un autor del sentimiento. He leído biografías, su autobiografía, y él es siempre alguien con una ironía, una gracia a flor de piel, aun en los momentos más oscuros y difíciles.

Alicia Zanca se lanza como directora en **El zoo de cristal**, de Tennessee Williams, con Laura Novoa y Claudia Lapacó. Entre las tres han urdido una trama delicada, un lenguaje dramático entrecruzado por chispazos de humor. La pieza es el fruto, además, del buen clima que se percibe entre ellas.

Laura Novoa: Sí, con esa vida tan complicada, tan trágica con respecto a la madre y a esta hermana Rose –hasta cierto punto representada en mi personaje– que termina internada, con una lobotomía. Williams asistió al proceso de deterioro de esta chica con mucho dolor, la amaba tiernamente y siempre la protegió. Pero no pudo hacer nada contra la decisión de la madre, tan puritana.

–Es muy triste la historia de Rose, una criatura hipersensible y frágil que, dice su hermano, casi se desmayaba cuando ese novio –al que amaba locamente y que la dejó cuando Williams padre se vio envuelto en un escándalo de dinero– la llamaba por teléfono día por medio. Rose no pudo soportar esa pérdida y ahí, según TW, se produce su quiebre.

C.L.: Lo extraordinario es que este hombre, con ese entorno familiar, haya podido encaminar su sensibilidad y su talento hacia la poesía, el teatro, la literatura, con una obra que ha perdurado a través de los años sin perder vigencia.

TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN AL REGIO

–Vos, Alicia, para debutar como directora no te achicaste al elegir obra: empezaste a lo grande...

A.Z.: (Entre risas) Sí, ya que estábamos decidí largarme con un autor sencillito... Tennessee Williams. No, en serio: es que yo empecé como actriz con autores norteamericanos, mi generación se preparó con Miller, Williams... En la última etapa de dirección estudié con Chejov y Shakespeare. En verdad, mi autor predilecto es Chejov, pero para esta primera puesta me atreví con Williams, en parte gracias a Laura.

–¿Esto quiere decir que tendremos un Chejov en el futuro?

A.Z.: Sí, y también un Shakespeare: querría hacer *Romeo y Julieta*. Y *Tío Vania* o *Las tres hermanas*, por supuesto con humor, cumpliendo el pedido del autor.

–¿Cómo surge la decisión de pasarte a la dirección?

A.Z.: Este proyecto le debe mucho a Laura, que me insistió para que dirigiera, que quería que hiciéramos algo en conjunto. La verdad es que ella vino a prepotearme, a apretarme: había visto algunas cosas que yo presenté en el curso de Fernandes, y me tomó dos años decidirme. Se me apareció *El zoo...*, creo que de forma inconsciente, aunque ahora te pueda dar mil racionalizaciones.

L.N.: En realidad, hay muchas historias detrás de este *Zoo*: tiene que ver también con el nacimiento de mi hija, con preguntarme de qué manera nací yo como actriz en el teatro. Y tuve la convicción de que quería volver a este ámbito, volver a casa. Por otra parte, *El zoo de cristal* fue la primera obra que leí cuando tenía catorce años y le pedí a mi mamá un libro de teatro porque quería ser actriz. Y me dio esta pieza en un librito de tapas rojas, ahora todo rotito, que es el que usamos al principio, porque Alicia tenía la misma edición. Y se fueron sumando las coincidencias: en la etapa que yo le insistía a Alicia para que dirigiera, nunca le mencioné *El zoo*... Así que, cuando por fin se decidió y me nombró esta obra maravillosa, me pareció increíble, aunque tuve dudas respecto de si el papel de Laura era para mí. Pero Alicia estaba tan convencida que acepté, y acá estamos, luego de haber ido descubriendo la magnitud y la grandeza del personaje a través de los ensayos.

–¿Cuándo y por qué aparece Claudia como Amanda?

A.Z.: Al pensar en Amanda, no dudé un instante. Yo la venía siguiendo con admiración creciente: cada vez me gustaba más en cosas tan diferentes. Quería trabajar con ella. Con el personaje de Amanda entre manos supe que necesitaba a alguien que cubriese toda la gama de lo dramático a lo humorístico. Y Claudia apareció espontáneamente.

–Y vos, Claudia, ¿cómo tomaste esta proposición?

C.L.: Te va a sonar raro, pero es así: nunca recuerdo con precisión las obras, aunque las haya leído y trabajado al estudiar. Cuando Alicia me llamó, no tenía bien nítido el papel, pero me pareció fantástico que me eligiera. Fui a la casa de mi amigo y consultor Marcelo Bertuccio, que tenía el texto, estaban una sobrina y un amigo y leímos todos los personajes. Yo casi me muero: Dios mío, éste es un rol enorme...

A.Z.: Esto ha sido muy *grosso* para mí, es gente muy especial la que trabaja en esta obra, incluidos por supuesto Claudio Quinteros que hace a Tom y Facundo Ramírez en el papel de Jim: tengo un gran aprecio por todos ellos. Nunca pensé que las cosas se iban a dar tan a favor: Mauricio Kartun me dijo que sí para trabajar la dramaturgia, Jorge Ferrari aceptó hacer la escenografía. Gonzalo Córdova quiso hacer la luz... Ernesto Jodos me fascinó en una clase abierta de Paquito d'Rivera y ahora nos acompaña desde el piano. Ofrecí el proyecto al San Martín y obtuve una respuesta positiva...

–Claudia, una vez que te repusiste de la impresión, ¿cómo encaraste la interpretación de Amanda?

C.L.: Lo primero que quiero decir es que le estaré eternamente agradecida a Alicia por haberme hecho este regalo. Debo decirte que yo, en general en la primera lectura, ya suelo tener una idea de cómo quiero hacer el personaje. Me ha ocurrido de tener la propuesta de obras bárbaras, de éxito probado, y leerlas, que no me movilicen nada y decir que no. Con Amanda Wingfield ya aclaré que quedé enloquecida. Otra cosa que me ocurre cuando me meto en un proyecto que me interesa es que desarrollo una actitud casi te diría de enamoramiento, una obediencia devota hacia mis directores. De entrada, trato de estar muy dispuesta, con los sentidos abiertos a ver qué me proponen. Y hemos trabajado muy biencon Alicia, creo que el hecho de que ella sea actriz contribuyó favorablemente: ha sido muy paciente y gentil. Nos ha conducido en un clima cálido, de afecto, que creo decisivo para la creación. A Amanda le tengo un afecto entrañable. La veo pobrecita, desesperada. Es una mujer en soledad, despojada de todo lo que tuvo en tiempos mejores. De pronto se ve en una ciudad donde los valores que le importan ya no son respetados. Con una incapacidad, una ceguera para aceptar a sus hijos como son y comprenderlos. A ella le falta sentido de realidad, sigue intentando impresionarlos, aunque no le crean, con un pasado espléndido. Ella no pierde las esperanzas de mejorar su mundo, negando las evidencias, idealizando el tiempo pasado. No sabe ponerse en el lugar de los hijos, quiere imponer su visión de las cosas. Pero nada en ella es alevoso, no la guía la maldad.

–¿Cómo fueron las cosas con tu tocaya, Laura?

L.N.: Yo también quiero señalar mi gran reconocimiento a Alicia. Es cierto que traté de impulsarla a dirigir, pero no para que me llamara. Lo que tenía era un proyecto juntas como actrices. Y empezó a surgir esto y me encantó que me convocara, aunque yo nunca me había visto como Laura, ni siquiera la hice en taller, cosa rarísima porque es como un caballito de batalla clásico. Fui descubriendo de a poco a Laura en el trabajo previo, con todas estas puntas de ovillo que nos fue dando Alicia con su trabajo tan riguroso, con este respeto a los actores que hablaba con justicia Claudia, con el amor y el cuidado que nos manifestaba de continuo. Yo no puedo trabajar en otro clima, más aún después de haber tenido una hija, sintiéndome muy sensibilizada. Con el apoyo de Alicia, fui abriendo a Laura como a una flor. Fui comprendiendo toda esa timidez y esa sensibilidad de Laura, escudada en su mundo de cristal, en sus músicas, cosas con las que intenta poner una barrera a todo lo que le hace daño: lo cotidiano, lo vulgar, las propias presiones de la madre... Y Laura me fue sorprendiendo, deslumbrando. Primero empecé muy hacia adentro, medio autista, una cáscara que después tuve que romper para poder salir. Tanto Alicia como Claudia me ayudaron a ahondar en la vulnerabilidad de este personaje extraordinario.

–¿Laura Wingfield se relaciona con la época actual?

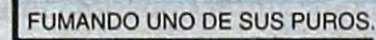
L.N.: Mirá, sin que se intente explícitamente en la obra hacerlo, yo últimamente empecé a descubrir que esta pieza fue escrita en época de guerra. Y creo que los argentinos estamos en una especie de guerra ahora, y que mi zoológico de cristal es este espectáculo. Poder, pese a todo lo que está sucediendo, venir con mi bolsito al teatro que yo siempre soñé, que la entrada sea tan económica, que se trate de un ámbito tan mágico como el Regio... Tiene que ver con mi propia vulnerabilidad: no tengo una colección de cristal, pero sí esta obra de teatro, una obra de arte en la que participo en un momento de tanta crisis, en el que poder trabajar con el alma, con la poesía, es un privilegio muy alto. Como una tablita de salvación que nos mantiene a flote. No sé qué habría sido de mí, de mi almita, sin este espectáculo que nos une y fortalece y nos acerca a la gente. Creo que lo único que en momentos tan terribles nos puede salvar es el amor, la creatividad, la dignidad. Y creo que este espectáculo es realmente digno, me siento muy orgullosa de él, orgullosa del lugar donde lo estamos haciendo que, aunque es precioso, no está en pleno centro. No daría nada por estar en otro lugar –más confortable, ganar más dinero– en este momento. Y quiero rescatar que Alicia tuvo la posibilidad de hacer *El zoo* en una sala comercial, con productores independientes, y todos elegimos hacerla aquí, en el Regio, dentro del San Martín.



ARRIBA, BAILANDO CON LUIS ECHEVERRIA, PRESIDENTE DE MEXICO ENTRE 1970 Y 1976. ABAJO, EN 1994, CON LOLA FLORES.







FUMANDO UNO DE SUS PUROS.



CHAVELA CON ROPA TIPICA, EN SU JUVENTUD.

"Y si quieren saber de mi pasado" se titula la biografía de Chavela Vargas que acaba de aparecer en España. En ella, esa mujer de voz desgarrada y tono desafiante echa un repaso a su larga vida y a la no menos larga lista de cicatrices que lleva en el cuerpo y en el alma. En estos primeros tramos, Vargas relata la infelicidad de su infancia, marcada por el desamor de su familia.

PERSONAJES

Las grietas de

POR CHAVELA VARGAS

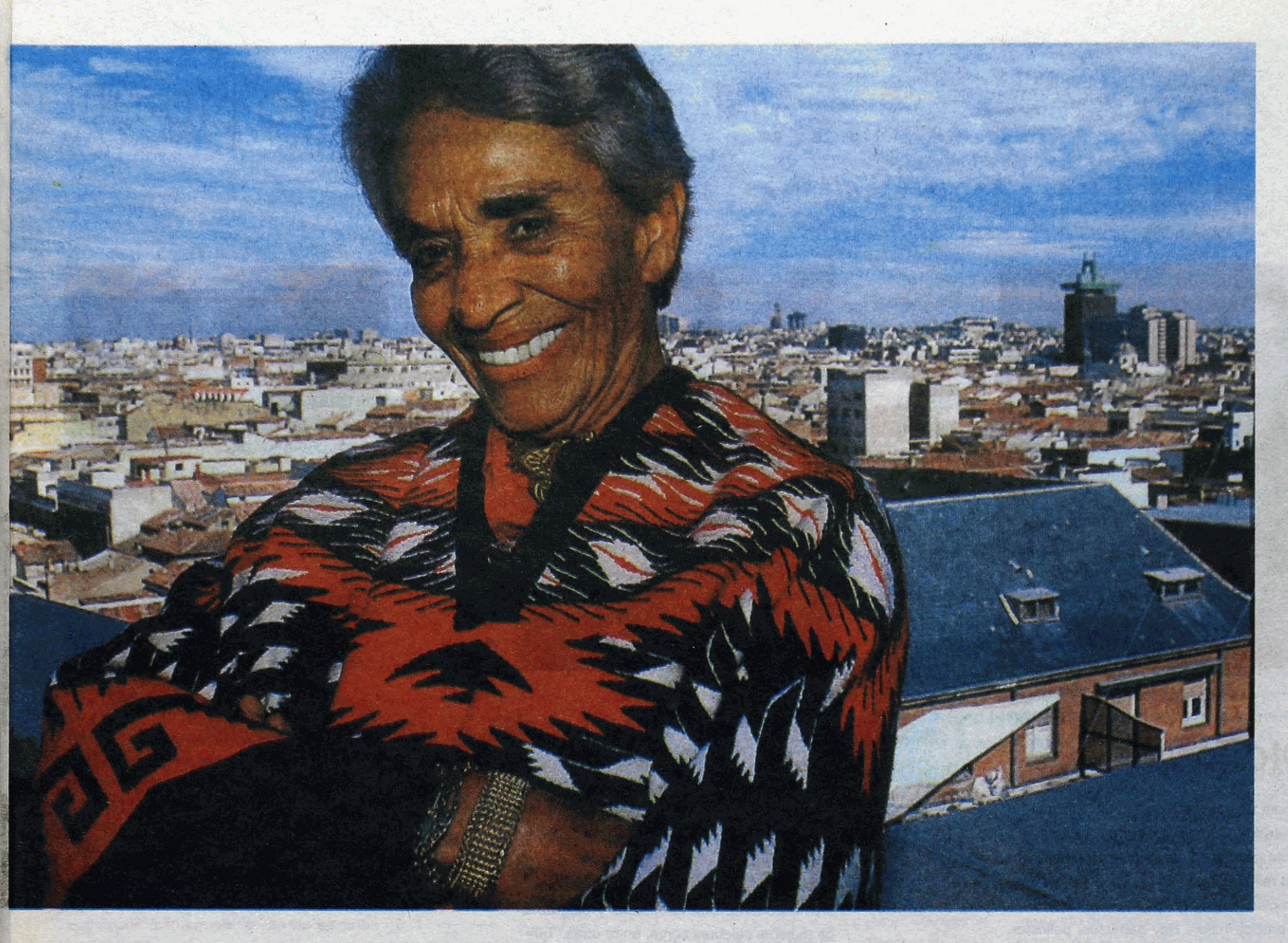
Soy Isabel Vargas Lizano y vine a este mundo el 17 de abril de 1919 en Costa Rica. Y el mundo era un pueblo del cantón de San Joaquín de Flores, en la provincia de Heredia, al norte de la Capital. Mi vida comenzó en aquel país pequeño, en un pueblo pequeño y en un pequeño mundo. Yo misma tengo una figura pequeña, y acaso esta pequeñez me haya obligado a ir dejando por esos caminos el alma que mi cuerpecito no podía cargar. Me gusta decir que mi pueblo era tan pequeño que sólo cabíamos una vaca y yo. Adoraba a aquella vaca, de ella tomaba la leche; era mi amiga del alma.

A mis abuelos no los conocí, y a mis padres, más de lo que hubiese querido. Mi madre se llamaba Herminia, y mi padre, Francisco. Tuve cuatro hermanos, Alvaro, Rodrigo, Ofelia y... no me pregunten por los muertos: era muy niña y la tos ferina la mató en San Salvador. Y puesto que he de decirlo casi todo, lo diré: mis padres no me querían. Yo lo sufrí: ni espero que lo comprendan ni que me compadezcan. Bastante he tenido con los psiquiatras; no me molesta reconocer la amargura de mi infancia, pero me enoja que traten de hacerme creer que no pudo ser de otro modo. "Olvide lo pasado", me dicen. "Olvida lo pasado y vuelva a pensar que su infancia no fue como ha creído. No pudo ser de otra forma. Tómelo así". Este tipo de enredos es lo que yo llamo *babosadas*. Es bien fácil decir "olvide lo pasado", como si estuviera en nuestras manos dejar atrás la historia y no cargarla como un fardo repleto de amargura. Es un peso agotador. Es bien fácil volver loca a una mujer y confundirla hasta el punto de que no sepa qué ha vivido, qué fue real y qué imaginado. Entre un psicólogo y un chamán hay cinco mil leguas. El chamán te cura con esperanza, con amor. El otro te *retaca* de medicinas. Ahorita quieren que me tome una píldora para que se me quite lo que traigo en el alma... A un psiquiatra de España le dije: "Usted me verá loca. Sí, es que lo estoy, pero no quiero que me lo quite con ansiolíticos. Déjeme usted loca". Recuerdo que fue a una actuación y vino al camarín para felicitarme, tembloroso y llorando de emoción. Al cabo de un mes se murió, y en Madrid dijeron que Chavela había matado al psiquiatra. ¡Ah, no! ¡Se murió él solito!

Déjenme de psiquiatras y psicólogos. Yo sé lo contaré todo. A los dolores del alma habrían de añadirse los del cuerpo, y los *chingadazos* comenzaron bien pronto. No bastaba con haber nacido en un rincón apartado, no bastaba ser miserable, no bastaba haber nacido niña y, por tanto, haber nacido para el desprecio y la explotación. La primera en llegar fue la poliomielitis. Estuve en una silla, cargada con unos fierros que inventó el herrero, hasta que todo aquel cuerpecito se cubrió de llagas... ¡Bien pronto se olvida el dolor si los dioses te salvan! Llegaron los chamanes; no puedo decir por qué los llamaron y quién decidió que fueran ellos los que trataran de evitarme aquel calvario. Como fuere, los magos me envolvían en las frescas hojas de los plátanos y así pasaba un poco la agonía; las hojas verdes de los plátanos tienen curare, y el curare o te mata o te da la vida. También me dieron una pomada que fortaleció mis piernas, mis músculos y tendones y pude hacer el camino. Además, mis ojos nacieron enfermos, y puede decirse que vino al mundo medio ciega. "Esta niña no ve", decían. Pero, como los espíritus protectores, ahí estaban de nuevo los chamanes, con sus hierbas y su misterio. Los doctores me habían puesto nitrato de plata en los ojos para secarlos y que la infección no se comiera la carne. "Háganle lo que quieran a esta muchachita a ver si se compone". Los brujos vinieron y apartaron a los médicos: "No, no, así no. A esa niña déjenmela, que yo masticaré unas hierbas y se las escupiré en los ojos". Aquel hombre vagaba por la selva, recolectaba sus hierbas y las masticaba, y después me escupía en los ojos hasta que fueron curándose. Aplicaron su sabiduría milenaria para salvar los ojos de una niña condenada al olvido. Los chamanes aplicaron zábila en mis párpados. Era un remedio indio muy doloroso: la zábila destila un líquido azul que abrasa los ojos, pero acabaron sanando. Después vino un herpes, una enfermedad extraña, y más tarde... todo lo demás.

Mis padres se divorciaron siendo yo muy niña, así que la familia acabó pareciéndose a un grupo de personas que se conocían, pero no se amaban. Mi padre era un señor muy decente y un modelo de educación: se gastaba todo su dinero con las mujeres; la pequeña fortuna heredada quedó en casas que les ponía a las viejas, y todo lo que negaba a la familia lo despilfarraba en sus amoríos. Todos los negocios resultaron desastrosos. Después se empleó en el gobierno, se hizo comandante en una zona minera, pero el sueldo era miserable, y entonces comenzaron los reproches y las desavenencias con mi madre.

Ella era medio chambona: en su casa familiar de San José había tenido criados, y jamás supo atender la casa ni nunca puso sufrir la vida en el campo. No sabía cómo lavar las sábanas, ni traer agua ni arrear el ganado. Yo la recuerdo como una señora vestida de negro que no me quiso. No era cariñosa, al menos conmigo. Era una neurótica hipocondríaca, a veces con razón, porque siempre estuvo enferma. Decía que el extraño color cobre de su piel era "por las suprarrenales". Mi padre la encontró una vez en la cama con un señor y



CHAVELA

Y puesto que he de decirlo casi todo, lo diré: mis padres no me querían. Yo lo sufrí: ni espero que lo comprendan ni que me compadezcan. Bastante he tenido con los psiquiatras; no me molesta reconocer la amargura de mi infancia, pero me enoja que traten de hacerme creer que no pudo ser de otro modo.

sólo le dijo: "Que Dios te lo perdone". Que Dios se lo perdonara o no es cosa que poco importa aquí. La enfermedad acabó haciendo presa en ella y un cáncer espantoso le comió las entrañas. Sufrió mucho y yo hice cuanto pude por aliviarle aquella agonía.

Yo no sé si su historia de amor se quebró porque eran muy iguales o porque eran muy distintos, o porque la vida es como es y no da más de sí. Saber por qué se casaron resulta hoy casi un misterio. El divorcio de mis padres fue un escandalito de la época, y ¡vaya si se lo echaron! Se separaron para toda la vida: no podían soportarse. La cosa es que allí se rompió la familia. Mi hermana pequeña, Ofelita, y yo fuimos con mi madre a San José, la capital de Costa Rica, y no puedo decir que aquel lugar me gustara. Más bien me pareció horrible. Mis hermanos, Alvaro y Rodrigo, ya no vivían en casa: estuvieron trabajando en la compañía bananera de Estados Unidos, la United Fruit Company; este tipo de empresas expoliaba en aquellos años la zona y tenía gran auge.

Es más que cierto y lo diré cuantas veces me plazca, que viví con mucho desamor, que no me quisieron, que la familia era un nido de soledades, que desde niña aprendí a defenderme a la fuerza, que el mundo es un mortero y que hay que ser muy duro para que los golpes no te desmenucen. Y de todo ello tuve una prueba cierta muy pronto. Al poco me enviaron a la finca de mis tíos, que Dios tenga en el infierno. Esos eran los cariños de mi madre: alejarme de su presencia y enterrarme en un lugar en el que no conocía a nadie. Mis tíos, Ascención, Tomás y Juan, y la docena larga de primos que vivían allí sentían la misma indiferencia que yo sentía por ellos. Ni los conocía ni me importaba conocerlos. Sus modos de vida, sus palabras, sus gestos no eran los míos. Me levantaban temprano y me ponían a cortar café. Otras veces íbamos a las naranjales y echábamos allí el día, desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Recogía 4000 o 5000 naranjas diarias para mandar al mercado. No le tuve miedo al trabajo. Los niños de Latinoamérica, si alguna vez pueden leer estas líneas, sabrán lo que digo. Digo de golpes y de humillaciones, digo de abandono y desprecio, y digo del miserable acto de explotar a criaturas que sólo desean llegar a mañana. Y el que tenga estómago, que lo aguante.

Así, no esperen que cante lo que no puedo cantar. No tuve la mesa puesta, ni sábanas de hilo, ni me decían "ven, que yo te quiero". De modo que ni el mundo me quiso ni yo quise al mundo. Me dejó sentir los miedos de la soledad y tuve que armarme de coraje: ya sé que por ello me llaman valentona, indomable y arrogante, retadora como filo de puñal, pero jamás he odiado a nadie porque el odio acaba consumiendo la sangre, y odiar, como se dice en América, me *friega* mucho. Pero el rencor, la vergüenza, la conciencia del fracaso, aquella primera infelicidad se me metieron en las venas y recorrieron mi cuerpo hasta abrasarme. "Si paso por ahí", me decía, "arranco la pared". Ese era el coraje que yo tenía. Los nicaragüenses comparan a ciertas personas de carácter rebelde con los caballos chúcaros, que no se dejan poner la silla de montar. Y a mí me gusta decir a veces que soy muy chúcara.

La familia no cuidó de mí, así que, como todos los muchachos del campo en América, tuve que procurarme mi propio cuidado. Nos enseñaban a utilizar armas; primero, una pistolita 22, chiquita, y después una pistola 45. Se aprende que el arma mata y que hay que saber usarla, porque es para matar. Mi infancia fue tan solitaria que aquellas armas me hacían compañía; aprendí a utilizarlas para matar culebras de los excusados. No digo más.

Habrá quien espere que hable aquí de camisones y acostones, y quien busque la lista de mis amantes, de las mujeres que me amaron y a las que amé. Pero éste no es el lugar; para ellos escribiré una carcajada de libro que se titule "Vida de la Vargas fornicando ante el sagrario" o aun mejor: "A Chavela, la mamá del condón". En ese libro encontrarán lo que buscan, pero no estaré yo. De todos modos, creo que se dieron cuenta de que yo era homosexual desde muy niña. Entre otras razones, porque siempre andaba detrás de la hija de la cocinera. Y mis padres, mis hermanos, mi familia, los conocidos y muchos desconocidos utilizaban para mi homosexualidad la palabra "rareza". Yo era un ser raro, una persona rara. Lo que cierto es que no me gustaba jugar con las niñas, ni me interesaba entretenerme con muñecas, ni andar de acá para allá con los cacharros. Prefería los rifles, las pistolas, las piedras y fingir que andábamos en guerra.



Otoño 02

Yagmour no desmaya pese a la crisis que no es necesario detallar. Con más de treinta años de historia, lanza su colección otoño-invierno resguardando su tradición por las líneas simples, con cierta originalidad en el diseño y precios bajos. Hay gamuzas, poliéster, camisas con jabot, alguna que otra puntilla, microfibras, corderoy y viscosas. El negro y el chocolate insisten en su presencia, para seguir con la consigna de ropa intercambiable, esta temporada en la que todas apostaremos a lo hecho en la Argentina. La imagen de la marca vuelve a ser Luisa Norbis.





Precursoras

Hasta el domingo 31 de marzo se puede ver en el primer nivel del shopping Caballito (avenida Rivadavia 5108) la muestra "Las precursoras. 15 mujeres 15", en homenaje al Día Internacional de la Mujer. Organiza la Subsecretaría de Patrimonio Cultural del gobierno porteño. Son fotografías y biografías de mujeres célebres como, entre otras, Trinidad Guevara, Juana Azurduy, María Sánchez de Thompson, Encarnación Ezcurra, Lola Mora o Julieta Lanteri. Abierta al público de 10 a 22.

Chic

Apenas esa breve palabra designa la colección otoño-invierno de Lancôme, creada como de costumbre por el estilista Fred Farrugia, quien creó un look sofisticado de punta a punta, dorado, artificioso, para nada casual. Colores mucho más fuertes que los más esperables en otoño, hay pardos, ahumados, tierras, chocolates y tostados, acompañados por brillos para labios y uñas que repiten la consigna del misterio. La chica Chic es como hace algunos años la actriz española Inés Sastre, de belleza irreprochable.



El linaje MAUBOUSSIN

Seis generaciones de joyeros establecidos en el número 20 de la Place Vendôme de París es la carta de presentación de esta primera fragancia que lleva su firma. Clientes de la talla de Marlene Dietrich, Greta Garbo o Charlie Chaplin han sellado ese apellido, que hoy aparece, merced a la decisión de Patrick Mauboussin, actual director de la firma. El perfume, como no podía ser de otra manera, viene en un packaging que es una joya.

prevención solar



Tras cuatro meses ininterrumpidos de "fotoeducación" gratuita y abierta al público, los responsables de la Campaña de Prevención Solar (laboratorios Vichy y la Asociación Argentina de Dermatología Pediátrica) dieron a conocer sus balances: los respectivos Centros Informativos recibieron este verano casi 14.000 consultas de personas interesadas en conocer cómo debían cuidar su piel del sol. El número de diagnósticos realizados aumentó en un 50 por ciento con respecto a la temporada pasada, con lo cual se colige que este tipo de iniciativas va lentamente creando una conciencia colectiva sobre la necesidad de preservar la piel de los rayos solares más perniciosos.



Retinol

Reti-C Ojos: tal la novedad de Vichy, que apela a ese componente fabuloso, el retinol, y lo asocia por primera vez con la vitamina C. Promete doble eficacia antiarrugas y se ocupa, por fin, de las ojeras: es el producto indicado para ayudarnos con el delicado contorno de los ojos. El precio es muy conveniente.



ganarse la crítica

La nueva edición de una novela de Griselda Gambaro incluye un interesante documento: el informe con que la SIDE aconsejó su prohibición en 1977. El autor-censor-crítico, a pesar de su ideología, consiente que la obra "tiene un muy buen nivel literario".

POR MARIA MORENO

La novela de Griselda Gambaro, *Ganarse la muerte*, editada en 1976 por Ediciones de la Flor, fue prohibida un año más tarde por decreto de la junta militar. La nueva edición, encarada por Norma, lleva como apéndice el análisis preliminar realizado por la SIDE, documento que apareció en el número 11 de la revista *Xul* de septiembre de 1995. Mientras *Ganarse la muerte* genera nuevas lecturas críticas, esta nota se centrará en el curioso texto.

El informe está firmado por el teniente coronel retirado Jorge E. Méndez, quien basa su argumentación en que el texto lesiona la sociedad, la condición humana, la familia, las instituciones armadas y el principio de autoridad. El crítico castrense sabe que para probar su labor de censor mediante evidencia debe transcribir lo prohibible corriendo el riesgo de superponerse al lugar del escritor "delincuente". Por eso quizás el teniente coronel Méndez, para argumentar que *Ganarse la muerte* lesiona el principio de autoridad, sólo menciona determinados párrafos y no otros. Los citados ("El militar, muy alterado por la falta de autoridad y el vacío de poder, se sirvió un sandwich y se lo comió, de un bocado. El sandwich hizo ¡pum! y le cayó como una bomba en el estómago. Cayó ahí mismo redondo al suelo, pero sin un gemido. Tuvo tiempo de decir: '¡Viva la Patria!', y fue ascendido postmortem" y "Suerte que el militar estaba muerto, si no, quién sabe lo que hubiera pasado, cualquier cosa: el reglamento lo preveía todo. ¡Semejante acto de indisciplina!") bien podrían formar parte de un sketch autoirónico actuado por un camarada insolente en una noche de francachela en el casino de oficiales. En cambio, Méndez se autocensura para no citar los párrafos más *subversivos* y que podrían alterar el ánimo del superior al que va dirigido su informe, el general Albano E. Harguindeguy, quien podría leerlos como un presagio funesto de las denuncias muy posteriores a la fecha de emitido el texto –junio de 1976– por los organismos de derechos humanos: "El hombre ahogó el recuerdo de una habitación cerrada, de otro hombre desnudo aguantando un ritual antiguo, inflexible desde que el mundo es mundo y que estaba ahí, precisamente, por negarse a aceptarlo", "los chicos desaparecían, se tornaban invisibles", "sabían que respetaban nada, padre, madre, familia, sociedad o ley, pero la constatación era penosa. Traían armas viejas, en desuso, y las bajaron y volvieron a subirlas otra vez al patrullero, como prueba de sumario". Cuando menciona el citado "suerte que el militar estaba muerto, si no, quién sabe lo que hubiera pasado. La ley marcial, el estado de sitio, ejecuciones en masa, cualquier cosa. El reglamento lo preveía todo ¡semejante acto de indisciplina!" omite la parte "la ley marcial, el estado de sitio, ejecuciones en masa". Con agudeza, el coronel Méndez expone que *Ganarse la muerte* "realiza una alusión crítica al anterior gobierno durante el cual probablemente la obra fue escrita, pero el lector desprevenido puede pasar por alto la inferencia a éste. 'El presupuesto disminuía de año en año, el país progresaba, lenta pero armoniosamente, se atendían las necesidades más urgentes.' 'La soberanía, la polución del aire, por ejemplo, aunque los niños fueran siempre los más privilegiados: tenían toda la vida por delante' (pág. 59) y luego afirma 'pero cada vez había más niños famélicos y abandonados' (pág. 69) y también 'a Horacio lo habían echado del trabajo. Abruptamente y en la peor época de desempleo, prescindieron de sus servicios (pág. 84)'". Como si dijera: "No es a nuestro período de gobierno al que alude la autora, lástima que no se note". Sólo que Méndez cometa una suerte de lapsus al titular a este párrafo "Alusión extemporánea".

¿Ignorará Méndez cuánto le debe su estilo crítico al modelo discursivo de cierta crítica de izquierda en cuanto a sus acusaciones de "nihilismo", "destrucción de valores" y falta de "mensaje edificante"? En espejo invertido también alguno de sus representantes podría considerar *Ganarse la muerte* como una novela sobre violaciones a derechos humanos. Y tal vez lo sea en la misma medida en que las obras de Sade son acerca de la Revolución Francesa. El teniente coronel Méndez no es un crítico posmoderno, no; él cree en los valores y con honradez concede que "la obra en sí, tiene un *muy buen nivel literario* y se encuentra correctamente balanceado lo metafórico de lo real; de lo que se deduce que la autora es una *escritora* en el sentido técnico de la palabra". Para Méndez, una escritor es un técnico de la subversión a secas que a menudo se enmascara en la subversión moral, lo que lo lleva a precisas disquisiciones entre el sentido de las palabras "obscenidad" y "amoralidad". Méndez levanta la censura sobre su propia práctica para realzar a los éforos griegos y a los censores romanos encargados de "velar por las *mores maiorum*, aplicando la tacha de infamia. "Y no levanta la perdiz ni utiliza como argumento la presencia en *Ganarse la muerte* de un censor personaje que reclama que le proyecten al menos cinco veces una película pornográfica a fin de recopilar evidencias (pág. 153)", tal vez por razones éticas que amenazarían la objetividad del informe.

Al revés de muchos progresistas, Méndez reflexiona sobre el probable efecto de sus actos. Casi al final del texto, se preocupa: "El diario *La Nación* –del día domingo 6 de febrero– en una encuesta titulada 'Teatro y literatura', consulta a la autora respecto de estos temas, junto con otros escritores de reconocida fama. Lo que hace suponer que Griselda Gambaro reviste esta categoría. Por lo cual es probable que la adopción de una medida como la propuesta, en conjunción con otras ya adoptadas o en vías de serlo, produzca cierto malestar en el ambiente literario". La ñata contra el vidrio de la cultura de los de "reconocida fama" y alarmado por las opiniones favorables que el entonces director del Teatro San Martín, Kive Staiff, había expuesto sobre Gambaro en el diario *La Opinión* (luego reproducida en la contratapa del libro), el teniente coronel Méndez avisa a su superior de una calculable asonada cultural. Notificado, el presidente de la Nación decreta, en nombre de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la "dignidad de ser argentinos", la prohibición de la distribución, venta y circulación en todo el territorio nacional de *Ganarse la muerte* y dispone la clausura de Ediciones de la Flor. Sería interesante como tema de investigación para becarios de Letras la detección de casos en donde las evidencias presentadas por el censor-crítico literario hubieran sido desestimadas, o si en toda censura la argumentación en forma de evidencia es meramente formal, es decir legítimamente literaria.

La llaga reproductiva

SALUD

El doctor Mario Sebastiani es vicepresidente de la Asociación Argentina de Obstetricia y Ginecología Psicosomática, y obstetra del Hospital Italiano. Alerta ahora sobre la posibilidad de que la emergencia del sistema de salud deje un tendal de abortos clandestinos, en virtud de la falta de atención primaria y del encarecimiento de los métodos contraceptivos.

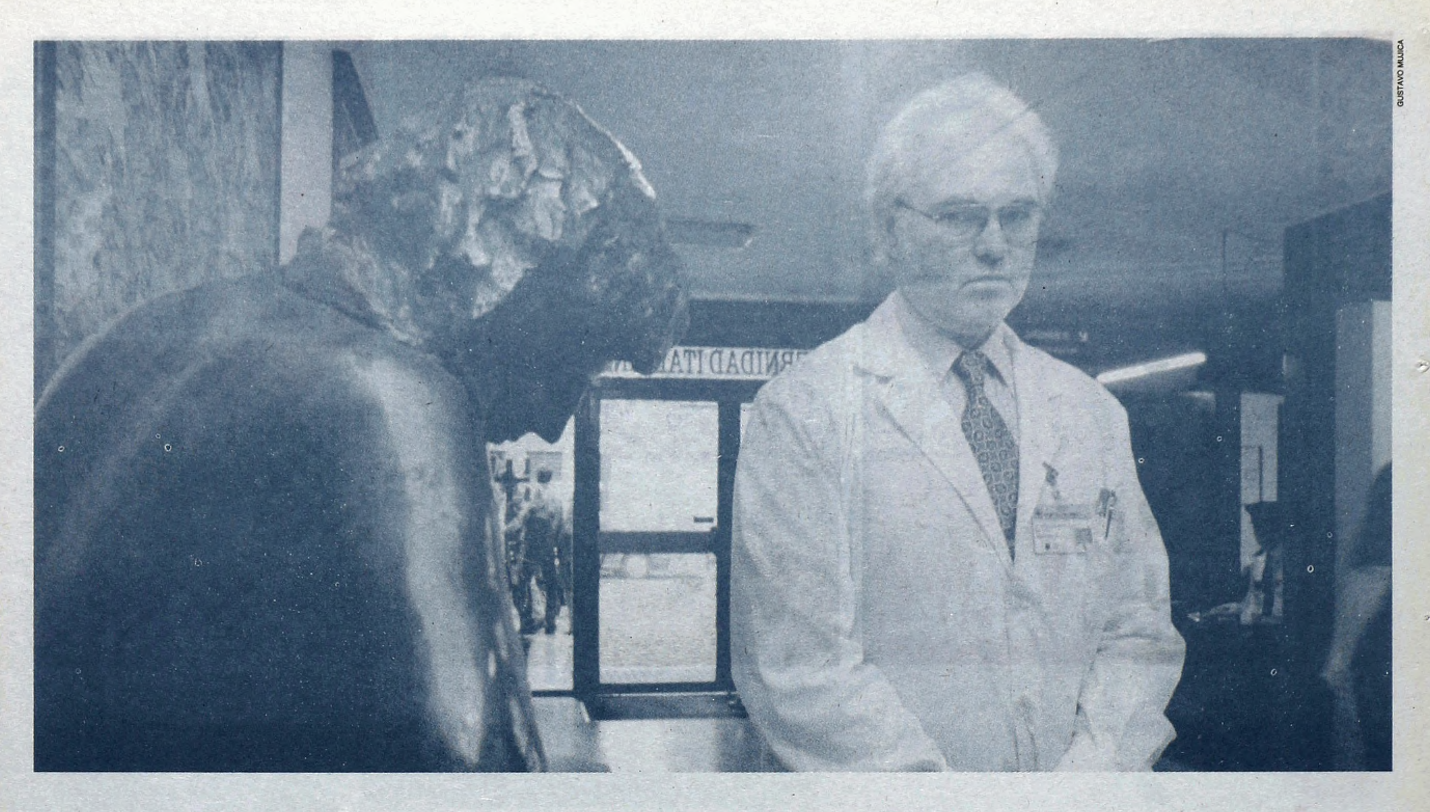
POR SANDRA CHAHER

La voz del doctor Mario Sebastiani fue una de las que se escuchó en las últimas semanas a raíz de la controvertida decisión de la Corte Suprema de Justicia al prohibir la píldora del día después por considerarla "abortiva". "Es un método de segunda elección –explica Sebastiani, vicepresidente de la Asociación Argentina de Obstetricia y Ginecología Psicosomática y obstetra del Hospital Italiano–, cuya ingesta impide la implantación del huevo en el útero. Es un tema sobre el que las asociaciones científicas están divididas, pero los médicos pueden ejercer su objeción de conciencia en forma personal no recomendándolas, lo mismo que no colocando DIU, pero tienen que dar la posibilidad a otros de hacerlo." No es la primera vez que Sebastiani se hace oír en defensa de los derechos reproductivos. Una de las últimas fue el 3 de febrero, cuando con el título *No olvidar a las mujeres*, le publicaron una carta de lectores en el diario *La Nación* en la que alertaba sobre los riesgos de descuidar la salud reproductiva en el actual contexto crítico de la salud pública.

Desde ese mismo espacio solicitó la despenalización del aborto, elogió el fallo de la Corte Suprema de la Nación que autorizó la inducción al parto en un caso de anencefalia, criticó a la jueza de Santa Fe que dijo que los abortos debían ser de declaración pública y de denuncia penal. "En este caso –relata refiriéndose a su carta del 3 de febrero–, escribí porque estoy preocupado, como todos, por la situación que vivimos, y estoy impactado, además. Lo nuevo de esta crisis es lo terriblemente mediática que ha sido. Hace 90 días que los medios muestran el desamparo de los viejos, de los niños, de los diabéticos, y es impresionante cómo nos impacta. Porque todos sabemos que hay pobres, que hay viejos, pero cuando uno lo ve... Uno dice: éstos son los vulnerables. Entonces yo dije: 'Momentito, vulnerables también son las mujeres que lo han sido siempre en edad reproductiva en nuestro país, pero a las que en este momento les puede ir peor'. Ya les iba mal: no hay asesoramiento en anticoncepción, provisión de métodos anticonceptivos gratuitos, hay una altísima incidencia de abortos. Pero esto se puede agravar aún más. Porque no se va a dejar de tener relaciones sexuales, pero acá no va a haber plata para el profiláctico ni las pastillas, y va a haber poca adhesión masculina. Había que recordar que en este caos podría gravemente aumentar la incidencia de aborto, y con complicaciones. La idea era decirles: 'Señores gobernantes, ténganlo en cuenta'."

En esa carta, Sebastiani relacionaba la salud reproductiva con la pobreza, un vínculo que pocos funcionarios hacen, pero que está presente en casi todas las investigaciones sobre el tema: si una mujer no puede elegir si quiere embarazarse o no, tiene montones de hijos que no puede alimentar ni educar, entonces no sólo sus derechos son vulnerados sino que se compromete el futuro y el presente de esos chicos, reproduciendo aún más la pobreza. "Quizá esto nos pasa porque la inequidad en la Argentina está dada porque los de clase media nunca nos preocupamos por los demás –reflexiona Sebastiani en un consultorio del Hospital Italiano, de cuya Maternidad forma parte–. Pero hoy tenemos un movimiento que si algo tiene de positivo es que puede surgir una suerte de mayor equidad, porque yo defiendo siempre a las mujeres, pero a las de clase media las defiendo un poco menos porque ellas resuelven su problema: tienen buena contracepción o tienen abortos seguros. Hoy, como todos estamos mal, puede que se sumen a las reivindicaciones de salud reproductiva no sólo las militantes del movimiento, ni las pobres que no dicen nada –porque no hacen ninguna manifestación frente a la Legislatura de Buenos Aires, esperan que les den un anticonceptivo y si no se los dan, se van– sino el resto de las mujeres que tampoco van a tener salud reproductiva, porque se les cae OSDE, el plan de salud del Italiano... puede surgir una concientización. Salud reproductiva no es un decreto ni una ley, es un derecho de todas las mujeres. Y un derecho que tiene un fundamento moral muy importante que es que ustedes tienen que tener la posibilidad de decidir qué hacen con su cuerpo y cuántos hijos tienen, además de tener relaciones sexuales protegidas."

–Para ser un derecho tendría que ser política de salud pública, como pasa en otros países de América latina. Pero acá es ne-


GUSTAVO MUJICA

cesaria una ley para que ese derecho se cumpla.

–No quise desvalorizar la ley porque es lo que va a dar equidad. Pero tienen que concientizarse todas las mujeres de este tema, por ellas mismas, por las demás y por sus hijas. Debemos bregar porque haya ley de salud reproductiva, ley que contemple la interrupción segura de la gestación. La ley nos va a dar la fuerza además para que haya presupuesto, educación sexual... Pero fijate que tenemos ocho o nueve provincias con leyes de salud reproductiva y los presupuestos cubren escasamente entre el 15 y el 20 por ciento de la población vulnerable. Me parece que no tenemos ni sociedad ni funcionarios que vean al tema como un valor. Se me ocurre pensar en la Iglesia Católica, pero lo cierto es que tenemos dificultades aun en nuestras propias sociedades científicas para debatir el tema. No puedo seguir pensando que acá tenemos 500 mil abortos clandestinos y nos quedamos cruzados de brazos. No puedo seguir pensando que es moral la proporción entre un aborto y un recién nacido.

–¿Esa es la proporción anual en la Argentina?

–En realidad son 650 mil nacimientos y aproximadamente 500 mil abortos. El dato de los nacimientos es muy bueno, es del Registro Civil, pero el de los abortos no, es clandestino, podría ser un poco más o menos. Hace dos años, estando en un hospital de Jujuy, había habido tres partos y doce raspados, cuando la incidencia del aborto espontáneo es del 10 por ciento. La maternidad del Italiano tiene 200 partos y 20 raspados producto de abortos espontáneos, acá no viene ninguna mujer con complicaciones por abortos mal hechos. Es decir que esa cantidad de raspados de los hospitales de periferia no necesariamente son abortos espontáneos sino abortos mal hechos. Estados Unidos tiene un aborto por cada tres nacidos, y Suecia cinco. Pero qué curioso, tienen el aborto legalizado. Entonces, cuando a mí me dicen que el aborto legalizado va a subir la incidencia del aborto, yo digo que no. Cuando tengamos aborto legalizado en el país, vamos a tener salud reproductiva, anticoncepción.

–¿Usted dice que la despenalización del aborto sería la locomotora que arrastre a la salud reproductiva?

–Por supuesto. Porque lo que todos vamos a tratar es de tener la menor cantidad de abortos posibles. Quien está a favor de la despenalización del aborto no está a favor del aborto, está en contra. Lo que quiere es prevenirlo. Y cuando a una mujer le fracasó el método, no se pudo cuidar, fue victimizada o violada, tiene que tener un aborto a la luz del día, en una institución, porque es una intervención quirúrgica de bajo riesgo. Pero, además, los médicos tenemos que hacer un *mea culpa* con respecto a la prevención. Si uno de cada cinco nacidos en la Argentina es de una mujer o niña menor de 19 años, yo tengo que trabajar con esa población. Pero los jóvenes no vienen a vernos, tenemos que ir nosotros a donde están ellos. Tengo que ser creativo. La medicina tiene graves dificultades: la llegada de alguien a un hospital es la llegada del fracaso. Si me quieren proteger del corazón me tienen que estar rompiendo el cerebro con que tengo que adelgazar, no fumar, hacer gimnasia, porque cuando llegué acá para que me digan esas cosas, ya se pasó el momento.

–¿Qué razón predomina en los profesionales para oponerse a la anticoncepción y a la despenalización del aborto?

–Fundamentalmente valores religiosos y morales.

–¿Hay miedo a la sanción institucional?

–Bueno, es mucho mejor visto aquel que pregona un pensamiento de lógica aceptabilidad. Yo nunca he tenido ningún tipo de discriminación, y convivo con mis pares en las sociedades científicas, pero creo que no debemos tener sólo una mirada moral para este tema. Porque a las mujeres les importa un cuerno mi moralidad o la de otro, las mujeres siguen interrumpiendo la gestación, no piensan si hay ley, ni lo que dice Sebastiani ni **Página/12**. El 50 por ciento de las camas de un servicio de ginecología están ocupadas por complicaciones de abortos. En términos económicos, no me queda la menor duda de que la despenalización del aborto y la provisión de métodos anticonceptivos reduce los gastos. Si nos olvidamos de la moral, del progresismo, si yo soy gobernante y quiero resolver esto, que es un tema de salud pública, la respuesta es la prevención.

–Este año se tratará la ley de salud reproductiva en el Senado, y ya hubo debates en Diputados y en la Legislatura porteña. ¿No cree que sería útil allí la voz de profesionales que como usted están a favor de la ley?

–Yo diría que nuestra voz es absolutamente fundamental, pero no debe estar puesta sobre los apellidos sino sobre las instituciones. La Asociación Argentina de Obstetricia y Ginecología Psicosomática apoya absolutamente la salud reproductiva. El resto de las sociedades científicas yo diría que no han establecido el debate interno, pero deberían hacerlo y manifestar su posición claramente. Hasta ahora, las veces que lo han hecho ha sido en favor de la vida del niño y en contra del aborto, pero no de una manera democrática, simplemente porque la Comisión Directiva pensaba eso. Algunos miembros hemos pedido este debate. Yo creo que en general están a favor de la salud reproductiva y el debate debe darse para ver si están a favor de la despenalización del aborto. Y debieran hacerlo porque esto es fundamental para los legisladores. Yo diría que si el aborto no sale en la Argentina, no es por la Iglesia Católica sino porque los médicos no se comprometen en esta postura. En el resto de los países el aborto no lo sacó un político sino las mujeres y los médicos.









el MARKETING *solidario*

POR VICTORIA LESCANO

Desde enero en los locales Ona Sáez –suman diez en Capital, seis en el Gran Buenos Aires y otra media docena en el interior–, los jeans con reminiscencias hippie-chic que caracterizan a la marca conviven con un simulacro de despensa. Paquetes de galletitas, fideos, enlatados y también juegos de mesa y revistas ingresaron a las vidrieras convocadas por la campaña callejera "Sentimientos no perecederos", protagonizada por habitantes del Hogar de Ancianos San Martín. Las tomas pertenecen a un ensayo fotográfico de Eleonora Margiotta sobre zonas de fragilidad y está focalizado en ancianos y en sus pertenencias (incluye libros religiosos, retratos de juventud y planos detalle de labores).

La escena de mujeres cambiando comida por generosos descuentos en los codiciados pantalones con estampas de mantel a beneficio de la tercera edad tuvo su pico máximo a fines de febrero; concluyó esta semana con una entrega simbólica de los 45.000 productos recaudados en el hogar de Warnes 2650 y desde allí será distribuido a instituciones de Misiones, Jujuy, Formosa, Salta, Córdoba, Corrientes y Chubut.

Santiago Sáez, *designer* y director de la marca que fabrica 150.000 prendas por temporada y tiene sucursales en Paraguay, Chile y Puerto Rico, se refiere a la estrategia de asociar moda y beneficencia que incorporó hace algunas temporadas: "Empecé con las campañas hace dos años, cuando sentí que podía usar la marca como polo social y reflejar lo que vivo a diario en la calle y contrastarlo con el supuesto glamour que rodea a la moda. También es cierto que hasta el momento no encontraba la forma de comunicar las campañas de liquidación y junté los mensajes. La primera se llamó "Resistencia Ona Sáez", juntó ropa y alimentos para tribus del norte y comunidades wichis y con los 60.000 productos recaudados como referente hicimos una escultura en homenaje que aún conservo".

–¿Cuáles eran sus referentes de campañas de moda solidarias?

–Conocía las campañas de lucha contra el sida que incluyeron remeras diseñadas por Martín Margiela y los franceses de Zucca, pero yo preferí salir del formato cash y decir esta remera cuesta tres mangos, dos van para mí y el resto lo dono, no quería que la marca agarrara plata de la gente. Después de la primera campaña percibí que mucha gente dejaba lo que tenía puesto y se iba con ropa nueva, por eso intenté que la consigna fuera un poco más difícil. En "Tarea Ona Sáez", la campaña de liquidación del último invierno, el objetivo fue juntar útiles para escuelas de frontera. Sabía que no mucha gente conserva transportadores y reglas en su casa por lo cual requería una búsqueda y lo cierto es que al final de la campaña las librerías vecinas al Alto Palermo llamaron para agradecerme por la ventas.

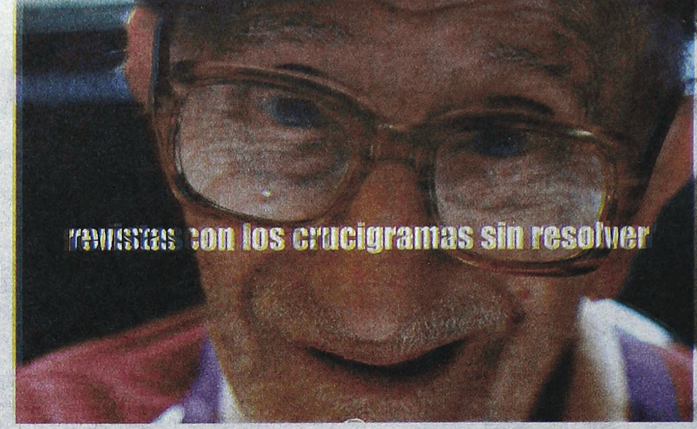
–¿En el llamado a donaciones aparecieron elementos ajenos a la consigna?

–Hubo casos particulares de señoras que llaman para donar heladeras y muebles que tienen en la baulera que venían a parar a la fábrica antes de que los camiones de la gobernación del Chaco hicieran los repartos finales. Lo que me llama la atención es que hay gente que compra en la liquidación sólo para donar aunque no le guste la marca; otros llegaron a decirme: "Desde que hacen esto me gusta tu ropa". Tampoco faltan casos de muy buenos clientes que se quejan de que los paquetes con comida quitan glamour a mis tiendas.

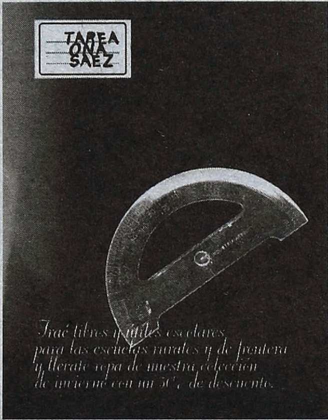
–¿Cómo fueron sus comienzos como diseñador?

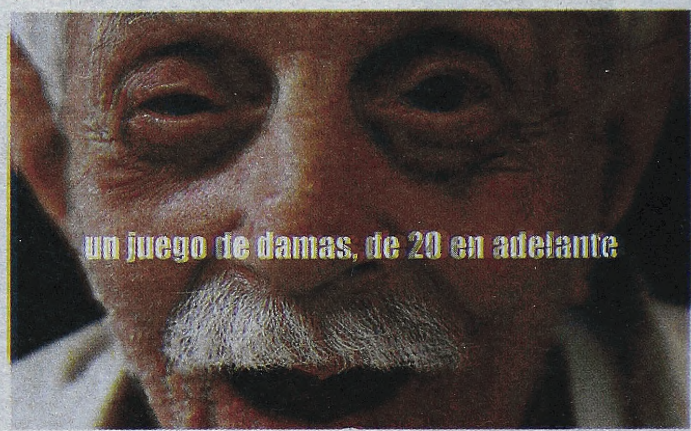
–Mi familia siempre se dedicó a la moda; mi viejo empezó con Little Stone en el '72 que sin dudas fue la marca de los tipos rebeldes, solían vestir a los músicos de Riff y Violadores, y mi vieja tuvo en la Galería del Este la boutique Resaca. Yo empecé haciendo ropa de hombre en Cemento Buenos Aires, aunque en verdad me dedicaba a jugar al tenis en circuitos semiprofesionales. Mi padre me seguía en el circuito de tenis, pero siempre insistía en que viéramos juntos las tiendas Yamamoto, Commes de Garçons y Jean Paul Gaultier con esperanzas de que siguiera sus pasos. Empecé con Ona desde Madrid, porque el nombre Cemento Buenos Aires era muy criticado en el extranjero, me decían: "A Buenos











SANTIAGO SAEZ, DIRECTOR DE LA MARCA.

Ona Sáez ya es un clásico en materia de campañas atípicas. Sus liquidaciones de las últimas temporadas no se limitan a las grandes rebajas: proponen juntar útiles escolares destinados a chicos de diferentes etnias o, en la última, que se llamó "Sentimientos no perecederos", reunir mercadería para asilos de ancianos.

Aires lo asociamos con el tango, la carne y nunca con el cemento".

–¿Cuál es el secreto de que su marca sobreviva cuando sus contemporáneas quebraron y se impone el diseño de autor?

–Es cierto que no quedan muchas marcas que empezaron al mismo tiempo. Tal vez porque lo nuestro es como un taller con varias boutiques y donde la consigna es comprar un metro de tela para hacer un vestido, llevarlo al negocio y con las ganancias volver a comprar otro metro, en lugar de comprarme supercasas o gastar muchísimo en publicidad. Creo que la virtud de las colecciones está en que todos pueden encontrar algo y que yo tengo facilidad para resolver. Ahora, por ejemplo, me encargaron un vestuario para Babasónicos con consignas folklóricas, muy Christian Dior, para dentro de dos semanas, y tiene que salir. De los clientes me gustaría que modifiquen lo que yo hago, que tal vez hagan uso de la ropa para seducir, pero se atrevan con un largo de falda que no les favorece.

–Sus campañas recurren por regla general a hacer hincapié en lo argentino. De los posters y la figura de Isabel Sarli a remeras con costillares de asado o el rostro de Evita. ¿Cuál es su mirada sobre el estilo local?

–Aunque en el último tiempo hay una avanzada de las diferencias, continúa una base de lo sexy con ingredientes de distintas influencias como lo europeo, lo americano y las tendencias. En la constante de revalorizar lo argentino llamé Argenmanía a una colección con prendas estampadas con asado, tickets de paseos por el país como el Tren de las Nubes y también estampé remeras con las cifras record en inundación de la Capital, como sucedió hace dos años en Belgrano. Así como Isabel Sarli fue la protagonista de verano 2002, aunque yo venía pensando en ella desde hace dos años en que me la pasé viendo sus películas, ahora estoy hablando desde hace meses con Víctor Sueyro para lograr que Tita Merello protagonice la campaña de invierno inspirada en el tango, porque me encantan las letras de sus canciones. También tengo un proyecto inspirado en "Titanes en el Ring".

–Con ese recurso de documentar, ¿cómo reflejaría a la revolución de las cacerolas y los piqueteros?

–Ahora me parece que la gente ya salió a movilizarse, ya está en la calle y que es innecesario incluirlos. Ya hice vidrieras con Evita y el Che pidiendo a la gente que se levante y también una colección llamada Herederos del Caos destinada a la generación de veintipico. Y con mensajes sobre la corrupción política y la inseguridad. Pienso en la búsqueda de la integridad latinoamericana, quiero jugar con ese borde, el mal gusto, losprejuicios hacia la estética sudamericana. La colección de tango boliviano para este invierno incluye pantalones negros con pasamanería de carteras en el ruedo. Siempre hay un juego con las etnias en mis colecciones y ahora estoy haciendo mucha produccion con artesanas y tejedoras del Paraguay especializadas en ñandutí.

–¿El dénim es central en el discurso de la marca?

–Es el commodity de la marca, el artículo de primera necesidad y la moneda corriente en todos los países de Latinoamérica. Tratamos el jean como si fuera una tela más, lo bordamos, hacemos faldas largas, cortas y saquitos y nunca el clásico pantalón de cinco bolsillos. Nos importan los procesos y las terminaciones de la tela, creo que el jean procesado para que parezca viejo ya es un clásico. Ahora lo interesante del dénim es buscarle un perfil más formal, que tal vez luzca posnuclear y que no se limite a la tipología de prendas ya instauradas como el 501. Y en la búsqueda de materiales no tengo condicionamientos. Ahora hice colecciones con verdaderos posavasos y manteles bordados en punto cruz. La ropa tiene que combinar distintos recursos; la esencia de mis diseños está en mezclar un botón de cristal con un posavasos de mantel paraguayo o hacer chaquetas con toallas.



La caída del último tabú

Algo verdaderamente extraordinario sucede los sábados a las 22 en el teatro del Centro Cultural Rojas: después de atravesar la sala en penumbras, los espectadores suben al escenario y se instalan en un costado, sobre gradas, para avecinarse a un mundo paralelo que cobra –macilenta, desaliñada– vida ahí nomás, en el otro extremo de ese espacio habitualmente inalcanzable para el público: el otro lado del espejo, del cortinado, de la cuarta pared... Estamos pues en un sitio impreciso, alguien nos dice que nevado, cerca de una vivienda precaria, como de emergencia, que se abrirá al igual que esas casas de muñecas de confección casera, con requechos, lo mismo que el trineo, la cama extensible, las ropas. En ese ámbito extraño y a la vez vagamente familiar sobrevendrá, una vez más pero regenerada, degenerada, la tragedia.

Una tragedia con final casi feliz que la singularmente talentosa Lola Arias –poseedora de múltiples capacidades artísticas que ha aplicado al teatro, el cine, la pura literatura– despliega lejos de toda pompa o solemnidad, con una libertad refrescante en el lenguaje de sus personajes y una osadía total en el desarrollo del relato que convoca mitos griegos, romanos, judeocristianos, para sacudir (y barajar de nuevo) la institución de la familia y transgredir –sin culpa y ateniéndose a las consecuencias– el máximo tabú cultural, el pecado sin retorno: el incesto. Esa falta que no figura ni en las tablas de la ley que Jehová entregó a Charlton Heston, ni en los códigos penales. Y que sobre el final de *La escuálida familia* (foto) –luego de intentos de filicidio, de canibalismo conyugal (sin querer), algún toque de zoofilia, de fratricidio (casual) y parricidio (premeditado), de diversas formas de incesto– es claramente reivindicada por Luba, la hermana sobreviviente que junto a Reo se propone fundar una familia de idiotas felices, sin reglas y sin límites. En otras palabras, que rota la ley que rigió hasta la muerte del padre a manos de sus hijos, Luba "la revirada" (según se lee en el texto cuando se identifica a los personajes) propone un regreso al puro instinto, a la abolición de la razón, al estado salvaje.

Antes de culminar en este perturbador final, la autora y puestista nos lleva por caminos narrativos evocadores, preñados de referencias que ella se empeña creativamente en asociar, retorcer, revisar, dar vuelta del revés. Si el padre es el "rey del filo" y le cuenta a Lisa la historia de Loth violado por sus hijas para lograr descendencia, o la de Abraham víctima del humor negrísimo de un dios histérico que exige demostraciones absolutas de amor y sumisión, la madre es una drogadicta que amamantó liebres y mandó ahogar a un hijo que regresa atrapado por las hijas Lisa y Luba que –como corresponde– todavía no conocen el lazo de sangre. El padre y la madre intentan mantener cierto orden tradicional, casar a las chicas, pero la necesidad vuelve a éstas cazadoras, rol típicamente masculino, como se sabe. Será por eso que Lisa y Luba se comparan eltamaño de las tetas, como los chicos el de sus pitos, las miden con sus manos.

Como en el mito de Edipo –una de las formas que adopta el huerfanito cazado–, Reo es esencialmente inocente. Lo de Reo puede ser una deformación de Remo, nombre de uno de los gemelos que se salvaron al ser arrojados al Tíber y fueron criados por una loba, pero por otro lado reo –inculpado, acusado, penado– también remite al personaje chivo expiatorio que carga con los pecados de la comunidad en la tragedia, y que debe ser suprimido o alejado, a menos que se le cruce Lola Arias en el camino

De verdad, *La escuálida familia* –texto, actuaciones, puesta, música, escenografía y vestuario, y hasta las goteras que se sumaron activamente la noche tormentosa del sábado pasado– es un espectáculo fuera de serie, incomparable, que sería bueno que no se lo perdieran las lectoras ávidas de ser desacomodadas, alteradas, conmocionadas. Pero si no consiguen entradas porque el cupo es limitado, pueden compensar generosamente el disgusto comprándose el propio texto *La escuálida...* (Libros del Rojas 2001) o el libro de poesía *Las impúdicas en el paraíso* (Ediciones Tse-Tse, 2000), ambos naturalmente firmados por Lola Arias.



ARQUETIPAS

La inesperada

POR SANDRA RUSSO

Nos acaban de contar una historia fabulosa, una historia realmente sin desperdicio: nos han hecho un cuento en el que por supuesto hay sexo, sexo agitado y múltiple, detalles abundantes y puercos, y conocemos a su protagonista. Quedamos en estado de shock, en estado de sitio, casi en estado de coma. ¡No puede ser! ¡Ella no puede ser! ¿Seguro será ella? ¡Pero si ella tomó café conmigo el otro día! ¡Pero si estuvimos charlando sobre el colegio de los chicos! ¡Pero si la vi con el marido el sábado pasado! ¡Pero si nunca falta a las reuniones de padres! ¡Pero si el día que fuimos a su casa estuvo todo perfecto! ¡Pero si el peceto al caramelo le sale bárbaro! ¡Pero si se viste como yo! ¡Pero si va a la misma peluquería que yo! ¡Pero si es parecida a mí! ¿Cómo, cómo es posible que se anime a hacer todo eso?

Aun sin salir del estado de shock, nos la encontramos. ¿En la plaza? ¿En el bar? ¿En el shopping? No nos ve: la corremos para que nos vea y para fingir una casualidad que la obligue a sentarse frente a nosotras y a mirarnos y a mirarla ya con mirada de antropóloga en éxtasis: mientras el café se prolonga sin grandes temas de conversación, estudiamos de qué forma se ha pasado el delineador de ojos sobre los párpados (doble, pastoso), y de qué color usa el rouge (un borravino con carácter). Su blusa blanca, básica, discreta, deja entrever un sostén colorado (ajá). Y su falda, que apenas le deja al descubierto las rodillas, podría perfectamente esconder medias de nylon que no sean can can, como las nuestras, sino siliconadas de ésas que vuelven despampanante a cualquiera que no tenga sobrepeso.

Mientras ella nos cuenta los pormenores de la última asamblea barrial en la que estuvo, nos ponemos nerviosas. ¿Habrá hecho todo lo que nos contaron? ¿Se habrá animado a tanto? ¿Disfruta de esas cosas? ¿Y con qué frecuencia? ¿Qué dirá en la casa? ¿Será verdad? ¿Y cómo es que esta mujer se anima? ¿Y por qué no se priva? ¿Y quién le dio permiso?

La vemos irse, una señora yéndose. Cierta sensación de injusticia se apodera de nosotras, que somos nada más que una señora quedándose.

